

Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico- culturales

En este artículo se enfoca la teoría arqueológica como un sistema de conceptos que rige los planos ontológico, epistemológico y político-didáctico de la práctica arqueológica. Con ello se pretende cuestionar la equiparación usual entre teoría arqueológica e interpretación, ampliando el dominio teórico a todos los pasos de la investigación. Desde esta perspectiva, cabe esperar una mejor comprensión de las afinidades y diferencias entre las "corrientes" o "escuelas" arqueológicas al uso, que sirva para caracterizar adecuadamente la situación actual y emprender las acciones más convenientes para corregir los errores o llenar los vacíos observados. En las páginas siguientes se analiza el funcionamiento de las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales, prestando una especial atención a las conexiones conceptuales y de procedimiento que las vinculan, así como a las paradojas o quiebras en cada uno de los planos de análisis.

Palabras clave: Arqueología, teoría, planos de análisis, evolucionismo, cultura.

In this paper we consider archaeological theory as a system of concepts that rules the ontological, epistemological and political-educational instances of the archaeological practice. Given this, our aim is to argue about the usual comparison between archaeological theory and interpretation and, consequently, to broaden the theoretical domain to all the stages of the research. From this perspective, we should expect a better understanding of the affinities and differences between the current archaeological "trends" or "schools of thought", in order to correctly characterize the present situation and to undertake the necessary developments to correct the mistakes and to fill the gaps. In the following pages, the functioning of evolutionary and historical-cultural archaeologies is analysed. Special attention is paid on their conceptual and methodological links and on the paradoxes observed in every analytical instance.

Key words: Archaeology, theory, analytical instances, evolutionism, culture.

Introducción

A lo largo de las últimas décadas, asistimos a la proliferación de estudios especializados que se ocupan de temas relacionados con determinadas parcelas del quehacer arqueológico. Con la denominación de "arqueología teórica" o "teoría arqueológica" se ha delimitado una de estas parcelas que, desde los años

sesenta, ha experimentado un desarrollo notable. A grandes rasgos, la razón de dicho auge tiene mucho que ver con lo que podríamos calificar un movimiento de "introspección" entre los/as profesionales de la arqueología, motivado a su vez por la toma de conciencia acerca de la necesidad de explicitar los objetivos, premisas y métodos de una disciplina científica llegada a su (supuesta) mayoría de edad en los países occidentales. El tratamiento de cuestiones teóricas ha calado hondo, circunstancia que se refleja en un extenso *corpus* bibliográfico donde figuran manuales universitarios y artículos especializados, así como en la obligada discusión o posicionamiento teórico previo en todo tipo de trabajos de investiga-

1. Universitat Autònoma de Barcelona. Este texto procede de anotaciones de clase y de diversas publicaciones de V. Lull y R. Micó que han sido integradas para procurar referencias de debate en torno a las propuestas englobadas bajo el epígrafe de "arqueología tradicional".

ción, desde estudios monográficos sobre determinados objetos o yacimientos, hasta las síntesis regionales de enfoque generalista.

Con mucha frecuencia, las cuestiones relativas a la teoría arqueológica tienden a equipararse con cuestiones de interpretación. Desde esta perspectiva, el dominio de la teoría se circunscribiría a la formulación de un esquema conceptual encargado de dar cuenta del funcionamiento de los grupos humanos y de los mecanismos de cambio que los afectan. Para ello, la teoría define las variables que deberán ser tenidas en cuenta y establece las relaciones de dependencia o jerarquía entre ellas. Las diferencias en la elección de variables o en el peso otorgado a unas y otras ha dado lugar a los "ismos" teóricos que hoy resultan tan familiares (historicismo, funcionalismo, estructuralismo, marxismo, etc.) y que, en su mayoría, constituyen préstamos procedentes de disciplinas más fecundas en esta materia, como por ejemplo la antropología, la teoría de la historia, la geografía, la lingüística o la economía. Entendido este ámbito como propiamente teórico, el mundo de la investigación arqueológica se completaría con un segundo nivel, en el que se incluirían diversos métodos de campo y análisis de materiales y datos. En primera instancia, hallarían aquí su lugar los sistemas de prospección, excavación y recuperación de materiales, los análisis físico-químicos destinados a conocer la naturaleza y propiedades de los objetos (tipo de materia prima, proceso de fabricación, funcionalidad, edad, etc.) y los medios de almacenamiento, gestión y análisis estadístico de los datos obtenidos (arqueología cuantitativa). A continuación, figura una serie de estudios especializados cuyo objetivo consiste en establecer puentes entre ciertos segmentos de la materialidad arqueológica y las conductas humanas o factores naturales responsables de aquéllos (arqueología de la muerte, arqueología del paisaje, tafonomía, paleoeconomía). Por último, podría hacerse mención a un tercer ámbito, no clasificable en ninguno de los anteriores pero relacionado con todos ellos, que se ocupa de la exposición pública de los resultados y de todo el corolario de implicaciones políticas, profesionales, educacionales e ideológicas derivadas del desarrollo de la labor arqueológica en el contexto de la sociedad actual (arqueología patrimonial, museística, didáctica de la arqueología).

En líneas generales y siguiendo este u otro orden expositivo, ésta suele ser la forma dual (teoría interpretativa y práctica empírica) en que se presenta la estructura de la disciplina arqueológica. Ya hemos señalado que, en lo que a teoría se refiere, ésta tiende a quedar relegada al momento de la interpretación de los datos empíricos. Dado que la adopción por parte de cada investigador/a de las teorías de donde se derivan las interpretaciones puede depender, en buena medida, de factores tales como las preferencias políticas, las "modas" intelectuales o la propia subjetividad individual, el resultado ha sido la formación de diversas "corrientes" o "escuelas", casi siempre irreconciliables debido a lo aparentemente arbitrario de las posiciones de partida.

La relación entre las esferas teórica y empírica se entiende desde la idea, ampliamente extendida, de que

las teorías generales actúan como acicate para la investigación práctica. De este modo se explica el desarrollo, ciertamente espectacular en los últimos decenios, de determinados métodos de análisis. Así, por ejemplo, el interés en el conocimiento de variables económicas y ecológicas del pasado no es ajeno al creciente número de análisis sobre restos faunísticos y botánicos. Sin embargo, también es cierto que en otras ocasiones son los avances independientes en el conocimiento de las propiedades y transformaciones de la materia a cargo de las ciencias naturales quienes abren nuevas perspectivas para el conocimiento de los objetos arqueológicos.

En suma, es posible sostener que la concepción más usual sobre la estructura del saber arqueológico hace referencia a un componente empírico-metodológico, ya sea alimentado por iniciativa teórica propia o al amparo de avances técnicos autónomos, el cual es coronado con mayor o menor fortuna por un relato interpretativo (hermenéutico) derivado de la teoría social adoptada. Como hemos señalado, no se trata de dos esferas estancas, pero, a nuestro juicio, su ajuste no resulta el adecuado. ¿De dónde proviene esta insatisfacción? Fundamentalmente, de comprobar que esta estructura de investigación ha producido hasta el momento actual un enorme volumen de datos de calidad discutible y, en cualquier caso, desigual, sobre los cuales se superpone, por utilizar una imagen familiar, una sucesión de "estratos interpretativos" los cuales, vistos en conjunto, pueden ser calificados como variaciones más que como avances, por la sencilla razón de que sólo suelen convencer a quienes ya estaban convencidos/as de la propia teoría social previa. Posiblemente, ello se debe a que, pese a que las teorías globales de partida pueden estimular el desarrollo de ciertas ramas de la investigación empírica, no se ha generado una verdadera teoría arqueológica, entendida como un entramado de conceptos y criterios específicamente arqueológicos destinado a la ordenación de los objetos materiales y al establecimiento de claves inequívocas de significación.

La solución a esta problemática requiere nuevas propuestas, cuya elaboración no descuidamos.² En lo que se refiere al interés del presente trabajo, destinado a analizar algunos de los sistemas de conocimiento arqueológico puestos en práctica hasta la actualidad, consideramos oportuno realizar un enfoque distinto a los habituales. Por norma general, los estados de la cuestión sobre los debates teóricos o las historias del pensamiento y la práctica arqueológica clasifican corrientes, escuelas o autores y tratan de establecer sus filiaciones, influencias, las circunstancias que rodearon sus momentos de mayor vigencia y las razones que explican su pérdida de importancia. Entre los trabajos más notables y recomendables cabe citar los de Daniel (1977-orig. 1960, 1984-orig. 1967 y 1987-orig. 1975), Trigger (1992-orig. 1989), Schnapp (1980, 1993) y

2. Los firmantes de este trabajo participamos, en el marco de un colectivo de trabajo más amplio al lado de P. V. Castro, T. Escoriza, S. Gili, C. Rihuete, R. Risch y M^a E. Sanahuja Yll, en la elaboración de una propuesta arqueológica orientada a solventar esta inadecuación (Castro et al. 1996a, b).

Bahn (1996), que destacan por una encomiable erudición y una amplia visión expositiva. Estas obras, y otras de similar carácter, resultan útiles a la hora de situar en su contexto histórico determinados planteamientos, de tomar contacto con las figuras de quienes realizaron contribuciones relevantes o bien de hacerse una idea de los términos en torno a los cuales giraron los debates y controversias de mayor eco. Sin embargo, con frecuencia se sitúan en un plano más narrativo (crónica) que analítico y explicativo; además, tienden a sobredimensionar diferencias que tan sólo atañen a ciertos componentes de un sistema de pensamiento con el objetivo de enfatizar la distinción entre corrientes o autorías.

Por nuestra parte, no abordaremos el tema de la teoría arqueológica desde la exposición de las diversas opciones a nivel interpretativo ni de su sucesión en el tiempo, sino que trataremos la cuestión desde diferentes planos de análisis que recogen las líneas básicas que definen la arqueología como sistema de conocimiento. Primero, cuestiones de ontología y metodología empírica, es decir, cuáles son las formas de organizar la materialidad arqueológica previamente a generar un conocimiento social sobre ella. En segundo lugar, cuestiones de epistemología, o sea, cuáles son las formas mediante las cuales se obtiene dicho conocimiento, los límites del mismo y el polimorfismo de los resultados obtenidos. Finalmente, el tercer plano de análisis concierne a la expresión pública del saber arqueológico, o, en otras palabras, a su papel social y político en determinados momentos y situaciones históricas.³

En principio, la consideración de estos tres planos permitirá situar en su lugar correspondiente las afinidades o las rupturas entre propuestas y decidir con mayor conocimiento de causa las afinidades o las divergencias entre planteamientos. Sin embargo, la verdadera utilidad de este ejercicio no debería residir en la posibilidad de conseguir una guía más ajustada para la mera clasificación de autorías y escuelas. La clasificación, por sí misma, es una labor estéril, ya la apliquemos al mundo de los objetos o al de las ideas. En el fondo, buscamos aprehender los fundamentos conceptuales en torno a los cuales se articula la totalidad del trabajo arqueológico (no solamente aquellos que rigen el momento de la interpretación), para posteriormente detectar logros y carencias y sugerir posibles vías de avance. El examen crítico de tales fundamentos conceptuales, que sólo merecen ser atendidos en la medida en que se traducen en soluciones prácticas, interesa a la teoría arqueológica. Desde el mismo momento en que se ordena, clasifica o agrupa los objetos materiales con la finalidad de obtener el conocimiento de las causas o la razón social que los produjo o gestionó, interviene la teoría, porque todo ello supone e implica la práctica de una reflexión que conduce a decisiones concretas. De esta forma, contemplamos la labor teórica como un lugar donde

se conforman programas prácticos respecto a los tres planos señalados más arriba (ontológico, epistemológico y social) y donde, además, se trata de establecer los nexos de correspondencia entre dichos planos. Por contra, una "arqueología teórica" entendida como campo de estudio especializado en presentar la crónica de las ideas interpretativas sobre el pasado humano o únicamente en proponer posibles variantes interpretativas, resulta poco deseable.

En esta primera entrega analizaremos el conjunto de estrategias englobadas bajo la denominación amplia de "arqueología tradicional", dentro de la cual se discierne una opción afín al evolucionismo del siglo XIX y una segunda correspondiente a la "arqueología histórico-cultural". Esta decisión inicial obedece simplemente a la necesidad de establecer un punto de partida, sin que ello suponga que demos por sentado *a priori* que bajo dichas etiquetas existe una unidad sin fisuras radicalmente diferente a otras "escuelas" reconocidas, como las arqueologías procesuales, marxistas y postmodernas, de las que nos ocuparemos en futuras publicaciones.

1. De la materialidad social (objetos arqueológicos) al establecimiento de edades y culturas (objeto de estudio u objeto de razón)

En este primer apartado nos centraremos en el examen de las cuestiones relativas al primer paso que debe emprenderse desde cualquier estrategia de conocimiento empírico: la delimitación y ordenación de las manifestaciones que le son propias; en otros términos, se trata de establecer el *qué*, la *cosa*, el objeto de estudio. El establecimiento del *qué* plantea una serie de exigencias y requiere una serie de pasos, un *cómo*. A continuación, analizaremos dos de las formas tradicionales de mayor éxito para el establecimiento del objeto de estudio arqueológico: la definición de edades y de culturas. No obstante, antes de emprender este análisis vale la pena remontarnos hasta la instauración de las propias condiciones de posibilidad de un conocimiento sobre el pasado humano basado en el estudio de sus restos materiales.

1.1. *El nacimiento de la arqueología como objeto de saber. Las condiciones sociales e intelectuales de la formación del conocimiento arqueológico*

Las crónicas sobre la historia de la arqueología se inician invariablemente con un capítulo introductorio dedicado a los primeros personajes que mostraron interés o gusto por los objetos antiguos. Tales personajes proliferaron especialmente en Europa a partir del Renacimiento y reciben el nombre de anticuarios y *dilettanti*, expresando en unos casos su interés por lo antiguo y, en otros, el goce que la satisfacción de dicho interés producía en ellos.

Sin embargo, es en el amplio movimiento social e intelectual de la Ilustración desde donde mejor pode-

3. Una aproximación similar a la esbozada en estas líneas es la avanzada por Gándara (1982) con su concepto de "posición teórica", el cual recogía la conveniencia de considerar diferentes planos teórico-metodológicos a la hora de evaluar cualquier propuesta arqueológica.

mos entender la aparición del concepto de lo arqueológico que perdura hasta la actualidad. Durante la segunda mitad del siglo XVIII se produjeron profundos cambios políticos como causa y como consecuencia de la Revolución Francesa. Tales cambios también acontecieron en el dominio filosófico y científico. Las ideas que abanderan esta honda transformación intelectual señalan que el mundo real (la naturaleza y la sociedad) puede ser conocido científicamente mediante el uso de la razón y la experiencia directa. De esta convicción trasciende que el conocimiento adquirido puede servir para una mejora del bienestar social, ya sea favoreciendo un desarrollo tecnológico que permita el control de la naturaleza y, por consiguiente, una cómoda satisfacción de las necesidades materiales humanas, ya sea introduciendo nuevas formas de convivencia social que permitan superar injusticias y desigualdades (el anhelo de *Liberté, Égalité, Fraternité*). En suma, este programa involucra a la ciencia en un ideal emancipatorio plasmado en la idea de progreso universal (al menos, en principio).

Las ideas ilustradas defendían que la naturaleza y capacidades humanas se regían universalmente por similares principios, aunque ello no eximía de la existencia de desarrollos sociales diferentes, algunos de los cuales se encontraban más “avanzados” que otros. Rastreamos en ello el fermento del pensamiento evolucionista. De este enunciado se derivaron implicaciones políticas revolucionarias, como el principio de la igualdad de todos los seres humanos, y otras no tanto (aunque fueran también de indudable repercusión política), tales como la doctrina que propugnaba la necesidad de “modernizar” o de hacer llegar el “progreso” a las sociedades que, según la percepción occidental, se habrían quedado “paralizadas” en algún lugar de la evolución humana (léase “primitivos”, “salvajes” o “pueblos en vías de desarrollo”).

Entre otras muchas cosas, la reflexión filosófico-política ilustrada procuró dos expectativas, cuya imbricación posterior iba a desempeñar un papel importante en la configuración de los primeros esquemas conceptuales de la arqueología académica. En primer lugar, la revaloración de las fórmulas político-jurídicas grecorromanas clásicas y la expresión estética que las acompañó, incrementó la deseabilidad de sus testimonios materiales. Ello convirtió su búsqueda en una actividad atractiva para ciertas élites sociales, en especial aquellas que apreciaban el conocimiento cosmopolita o la erudición sobre materias específicas poco corrientes como signo de distinción. En esta línea se encuadra el anticuarismo, que se orientó fundamentalmente al coleccionismo de piezas artísticas de la antigüedad greco-latina, cuyos valores estéticos reivindicó la ideología renacentista de los siglos XV y XVI y, posteriormente, el neoclasicismo ilustrado. La afición anticuarista se dedicaba a levantar acta de los monumentos y artefactos de un pasado cuyo armazón partía de los testimonios escritos y que, en consecuencia, subordinaba a estos últimos la significación de los hallazgos materiales. La obra de J. Winckelmann, *Historia del Arte de la Antigüedad*, publicada en 1764 y calificada por muchos como el “acta de nacimiento de la arqueología” (BIANCHI BANDINELLI 1982: 17), representa la culminación de la tradición anticuarista europea.

En segundo lugar, el proyecto político ilustrado enunciaba que la consecución de un mayor bienestar social requería el establecimiento de los factores y causas que gobernaban la forma y el devenir humano, a imagen del conocimiento en las ciencias naturales. Esta convicción iba a abrir a la investigación el estudio de todo lo humano desde las múltiples facetas en que se reconoce como tal. Una de estas facetas, subrayada además como de las más importantes, son sus obras materiales. En este sentido, la dimensión temporal, el pasado, se consideró relevante para permitir la comprensión de dichas obras. Con ello, el interés culto por los objetos antiguos dejará de ser exclusivo de las obras de arte grecolatinas, para extenderse a cualquier realización humana. Además, con el dominio de la clase burguesa se produjo, como señala Carandini (1984: 86), una creciente toma de interés respecto a la recogida y exposición de productos utilitarios, en parte quizás porque la rapidez de la innovación tecnológica y la fugacidad de las modas los condena a ser efímeros y a “envejecer” con gran rapidez. Sin embargo, más que una ampliación del rango de objetos interesantes *per se*, este cambio de perspectiva se acompaña de un pliegue conceptual que concierne a objetivos y métodos. Materia y tiempo, he aquí los ingredientes para la constitución de un saber social que se instituirá como arqueología a lo largo del siglo XIX.

El nacimiento de la arqueología supuso la incorporación de una nueva dimensión social a los objetos, sin que ello haya implicado la eliminación de otras de estas dimensiones. ¿A cuáles nos referimos? El objeto antiguo puede poseer un valor utilitario, debido a su propia condición física, y, en ocasiones, también un valor de cambio o mercantil como consecuencia de su puesta en juego en el marco de un sistema monetarista. El valor utilitario se pone de manifiesto por la práctica frecuente de reutilizaciones, normalmente a propósito de los materiales más duraderos, como la piedra; así, por ejemplo, la extracción de materiales constructivos de las ruinas de edificaciones antiguas para la construcción de nuevas estructuras (ortostatos procedentes de tumbas megalíticas, sillares de murallas romanas, etc.). Tales materiales pueden entrar en circuitos económicos de forma que les sea asignado un determinado valor monetario. En otros casos, el valor de uso consiste precisamente en obrar directamente como medio de cambio. Nos referimos a las joyas o metales preciosos, cuya obtención ha animado la búsqueda de tesoros en casi todo el mundo. Ambas facetas funcionales, utilitaria y de cambio, han sido parcialmente responsables de lo que hoy en día identificamos en el registro arqueológico como “saques” o “violaciones”. Adicionalmente, resulta posible identificar un tercer valor que puede calificarse como ideológico-subjetivo; es decir, la consideración del objeto antiguo como referente estético, artístico o religioso en determinadas épocas y lugares (cultos druidas en monumentos megalíticos, el culto cristiano a las reliquias de santos, el diletantismo renacentista, el gusto anticuarista).

Desde esta perspectiva, el nacimiento de la arqueología inaugura un cuarto valor, esta vez intelectual, vinculado al logro, mediante procedimientos rigurosos

y comunicables, de un conocimiento sobre quienes fabricaron y utilizaron el objeto en el pasado. Poco a poco, los textos arqueológicos fueron expresando salidas alternativas a la visión del mundo como obra-de-arte. A partir del siglo XIX la arqueología se definiría como disciplina humanista con un objeto de estudio propio y métodos y lenguajes específicos, calificados ahora como “científicos”, ya que la ciencia se proponía como el único modelo capaz de explicar el mundo y de servirse de él. Se crea así un objeto de razón, el pasado humano, y un campo de investigaciones que se deriva de él: conocer el desarrollo humano, sus causas y consecuencias, a través de sus obras materiales.

Así pues, en sintonía con los ideales ilustrados los objetos antiguos comenzaron a ser considerados elementos aptos para la obtención de un saber general sobre la humanidad, si bien nunca se ha abandonado el gusto por las “curiosidades” o el goce de las obras consideradas estéticamente bellas. Sin embargo, la estructura de los nuevos saberes no iba a ser ajena a los condicionantes que imponía la base material de las sociedades que creyeron oportuno generarlos. Es cierto que la formación del “buen gusto” de una minoría selecta dejó de ser el único objetivo en la preocupación (ahora “científica”) por los objetos del pasado. Sin embargo, las contradicciones en la propia estructura socio-económica de los estados burgueses europeos iba pronto a traducirse en una controversia de concepto y método en la naciente arqueología: ¿cómo conjugar el universalismo humanista de la Ilustración con el nacionalismo localista de tintes romanticistas impuesto por la fuerza de las fronteras y de los potentes mercados internos? En efecto, al entusiasmo ilustrado en la fe de un conocimiento emancipador iba a sobreponerse la exigencia de diseñar una genealogía para las poblaciones de los nuevos estados europeos. Los discursos históricos sobre la posesión de un pasado común se asocian íntimamente a aquellos de tipo político que sostienen el derecho y la necesidad de contar con unas determinadas fronteras. “Educar al pueblo” en una idea romántica de esencia o espíritu colectivos supuso la conservación de componentes tradicionales en un mundo rural todavía no alterado por la industrialización capitalista (etnografía, folklore) y, más allá, la búsqueda de elementos situados entre la leyenda y el olvido que, bajo el “suelo patrio”, darían fe del carácter supuestamente irreductible de los pobladores actuales. Esta circunstancia constituyó un impulso innegable para el desarrollo científico e institucional de la arqueología, puesto que no hay que olvidar la inauguración paralela de museos nacionales, en cuyas colecciones se incluirán tanto piezas locales como procedentes del extranjero. Los inspiraba una doble pretensión: trazar las raíces de un pasado propio y manifestar la voluntad de una expansión imperialista, lograda en unos casos y deseada en otros.

Todo ello se tradujo en un potenciamiento a nivel institucional. A la mencionada creación de museos, hay que añadir la de sociedades de estudios y cátedras universitarias. La arqueología de las épocas estudiadas era captada con admiración y estimada según sus descubrimientos. Esta situación histórica generó en la conciencia de los arqueólogos una necesidad por

descubrir “cosas”, ya que ello facilitaba alcanzar fortuna y trascendencia. Por otro lado, provocó un afán por atesorar los hallazgos con el fin de asegurar la privacidad de tales deseos. Se generaron cátedras competitivas y “escuelas” nacionales también en competencia, hecho que favoreció situaciones de aislamiento y falta de comunicación que, posiblemente, fueron las causantes del lento desarrollo de los lenguajes y metodologías disciplinares, así como de su falta de homogeneidad.

Recapitulando acerca de las razones intelectuales y socio-políticas que rodearon el nacimiento de la arqueología, podemos señalar los siguientes enunciados:

1. Los seres humanos⁴ pueden ser conocidos por sus obras; de ahí que sus logros materiales puedan constituir una vía válida para dicho conocimiento. Esta premisa epistemológica de nivel general permitirá la elaboración de un entramado conceptual más complejo, que trataremos de sintetizar a lo largo de este trabajo.

2. El estudio racional del pasado humano permite extraer enseñanzas útiles para la organización de la convivencia en el presente. Los nuevos usos del conocimiento del pasado podían apuntar a varias direcciones.

a) Legitimizar el orden jurídico-político burgués en su conjunto por medio de la búsqueda de sus precedentes en el esplendor clásico grecorromano. En este aspecto, subyace la pretensión de trazar una línea de continuidad con una época contemplada positivamente como de racionalidad política, expansión económica (imperios comerciales) y desarrollo del arte y la filosofía. De ahí el interés por la investigación de las altas civilizaciones e imperios europeos y, más allá, de los supuestos precedentes orientales de los mismos.

b) Legitimizar las aspiraciones de las burguesías nacionales por medio de la elaboración de historias patrias. Este factor constituyó el reverso del pensamiento burgués. Si, de una parte, éste es cosmopolita por vocación intelectual (pensamiento ilustrado) y por conveniencia económica (el mundo está por explorar y por explotar), de otra es nacionalista por necesidad político-económica (la formación del estado/mercado nacional fue un prerequisite para la consolidación de la clase capitalista y su expansión posterior) y, en consecuencia, por ideología (el ideal romántico como antesala de la doctrina nacionalista).

1.2. La constitución del objeto de estudio. Obtención y estructuración del registro empírico

Se suele admitir que la especificidad de la arqueología respecto a otras disciplinas sociales radica en su fuente de información, los objetos materiales, frente a los textos escritos de la historia o los discursos orales,

4. “El Hombre” según dirían los contemporáneos de los siglos XVIII y XIX y buena parte de los/as profesionales actuales. Más adelante nos referiremos a la ocultación del papel de las mujeres en la prehistoria, muy común en las investigaciones arqueológicas.

las prácticas y las conductas observables de la antropología, sociología y psicología. Esta especificidad del universo empírico que la arqueología reconoce como propio impone una metodología específica. Hablar o escribir sobre el pasado que estos objetos supuestamente representan requiere la realización de una serie de operaciones previas sobre éstos. En otras disciplinas sociales, la linealidad de los discursos escritos y hablados, así como el conocimiento de códigos gramaticales y de claves de significación, conceden la confianza necesaria para abordar de modo directo el análisis de la estructura formal y/o de los contenidos de dichos discursos, lo cual permite generar un saber sobre los individuos o grupos significados en la narración. Así, en los estudios históricos, sociológicos o antropológicos, se asume que la acción consciente del/de la autor/a del texto o del/de la emisor/a de fonemas garantiza la unidad de lo percibido (“obra”, “documento”, “declaración”) y del significado transmitido. Además, se asume también que esta unidad mantiene una relación de continuidad con nuestro entendimiento y nuestros medios de expresión. En suma, las premisas de la unidad del objeto analizado y de la continuidad del sentido entre éste y el/la analista proporcionan las condiciones de posibilidad para la elaboración de explicaciones o interpretaciones sobre lo social.

En cambio, en arqueología tales premisas no están aseguradas por la sucesión de signos legibles en los límites de un papel o comprensibles en la voz de un/a informante. Resulta necesario construir un medio inteligible a partir de los elementos materiales tridimensionales que proporciona el trabajo de campo. Ello supone categorizar y ordenar cronológicamente la materialidad arqueológica como paso previo a la generación de un saber sobre el pasado. Los primeros criterios que han de respetarse son las coordenadas espacio-temporales. La definición de tipos artefactuales, la búsqueda de la dimensión temporal de los mismos y el establecimiento de entidades de agrupación material con sentido histórico-social (edades, periodos o culturas) constituyen operaciones insoslayables para cualquier intento de inferencia, reconstrucción o explicación, aunque en ciertos casos la labor de la arqueología se haya agotado en ellas. Nos encontramos, pues, ante cuestiones de índole ontológica, ya que tales operaciones se orientan a la constitución y delimitación del objeto de estudio, de lo arqueológico propiamente dicho.

Adicionalmente, las manifestaciones no verbales que maneja la arqueología han sido metafóricas (es decir, se han aplicado ciertos objetos de razón sobre determinados conjuntos de objetos materiales), antes de generar un conocimiento sobre ellos y el pasado que supuestamente testimonian. La historia de la arqueología ha asistido a la elaboración de varias de dichas metáforas: el registro como mundo de identidades mentales en la llamada “arqueología histórico-cultural”, como espejo o reflejo de realidades pragmáticas según los enfoques procesuales y, recientemente, como texto susceptible de múltiples lecturas a la luz del sentir “postmoderno”. Cada una de estas imágenes puede conllevar diferentes actitudes teórico-metodológicas, diferencias que se hallan en el fondo de

muchas de las discusiones en torno al quehacer arqueológico. En este trabajo, nos centraremos fundamentalmente en la que gira en torno a la definición de las culturas arqueológicas tradicionales, a nuestro juicio la principal estrategia metodológica que ha ideado la disciplina hasta la fecha.

La solución histórico-cultural ha sido la más exitosa, pero no fue la primera. Este lugar corresponde a la “arqueología de las Tres Edades”. Fue propuesta en un momento en que las teorías evolucionistas proporcionaban una sólida base para las nacientes iniciativas científicas a comienzos del siglo XIX. En la práctica arqueológica de esta época cabe señalar, como punto en común con las ciencias de la naturaleza, un afán cada vez más explícito por nominar los fenómenos estudiados. Tras examinar los hallazgos de los fondos de los museos o de las vitrinas de las colecciones particulares, ciertos individuos comenzaron a generar una importante masa de términos específicos que distinguieran su tarea del conjunto de las disciplinas que atesoraban información. En 1819, C. Thomsen, conservador del Museo Nacional de Copenhague, dio a conocer la primera sistematización cronológica de materiales prehistóricos. En ella se organizaba el fondo material existente según el criterio de la materia prima predominante en cada conjunto material, formulándose la famosa periodización de las Tres Edades: Piedra, Bronce y Hierro.

El orden de esta sucesión no fue en modo alguno arbitrario. La teoría ilustrada ya había propiciado el campo para la ordenación cronológica del pasado humano. Autores como Montesquieu, Voltaire, Turgot, Smith o Ferguson propusieron en su día modelos evolutivos de las formas sociales que poseían un trasfondo tecnológico como el que subyacía en la propuesta de Thomsen (MEEK 1981). Precedentes de este tipo de ordenación pueden remontarse hasta la antigüedad clásica con autores como Lucrecio. No obstante, lo verdaderamente relevante de la periodización del autor danés reside en el hecho de que estuviese basada en criterios estrictamente arqueológicos, tales como la consideración de los contextos de procedencia de los objetos (fundamentalmente la presencia de asociaciones en hallazgos cerrados) o la elaboración de inferencias cronológicas a partir de criterios de seriación estilística de los propios objetos (GRÄSLUND 1987: 17-29, TRIGGER 1992: 78-82). La clasificación de Thomsen supuso en su día la demostración de que los datos arqueológicos podían ser ordenados cronológicamente sin acudir a la documentación escrita y su éxito ha sido tal que, aunque bajo la forma de esquema genérico, se ha mantenido como base de la periodización de la prehistoria hasta nuestros días. En conexión con la teoría de la unidad psíquica humana a la que ya hemos hecho mención, el esquema de Thomsen mantenía aspiraciones de aplicabilidad universal.

Con todo, la arqueología de las Tres Edades no aportó una nueva concepción de la duración del pasado humano, que, por aquel entonces, la “cronología corta” de las referencias bíblicas abarcaba en su integridad. El mérito de haber mostrado la gran antigüedad del género humano correspondió pocos años más tarde a los trabajos de Boucher de Perthes, entre otros. Los

avances en otras ramas del mundo científico facilitaron este hecho. En particular, el triunfo del uniformitarismo en geología sobre las concepciones catastrofistas permitió suponer que los tiempos en que los seres humanos comenzaron a habitar la Tierra deberían estar más alejados de lo que la tradición bíblica del Diluvio hacía pensar.

El esquema de las Tres Edades fue matizado mediante la subdivisión de sus estadios, en especial la Edad de Piedra: Paleolítico, Neolítico y Mesolítico, a su vez pronto divididos en subperiodos. Cada una de estas épocas se caracterizaba por unos determinados tipos de objetos. Éstos fueron considerados a la luz del principio evolucionista que señala la progresión desde las formas simples a las complejas. Así, los objetos o estilos más elaborados corresponderían a épocas cada vez más recientes. De la misma forma que los tipos, se suponía que las sociedades que los fabricaron debieron haber pasado desde formas simples de organización a otras más complejas. En este sentido, las formulaciones de la antropología evolucionista, con sus secuencias de salvajismo, barbarie y civilización fueron muy bien acogidas para el estudio del pasado. A ello se une la pretensión de universalidad y unilinealidad del esquema de las Tres Edades. En función de dicha pretensión, se suponía que las sociedades actuales habían o deberían haber pasado por los mismos estadios evolutivos. El tránsito de uno a otro obedecía a la realización de innovaciones tecnológicas propias o bien transmitidas entre los grupos humanos por distintos mecanismos.

Detengámonos con más detalle a considerar la realidad arqueológica que sustentaba la arqueología de las Tres Edades. En primer lugar, los objetos eran clasificados en tipos. La definición de tipos implica la toma de decisiones sobre la ordenación de los objetos; es decir, implica establecer dónde acaba lo similar y dónde comienza lo diferente, atendiendo a la aplicación de determinados criterios de relevancia que, en el caso que nos ocupa, eran de orden tecnológico (materia prima) y estilístico (morfología). Así pues, la tipologización de los objetos se revela como el paso previo y fundamental que hace inteligible la diversidad de lo observable. En los inicios de la arqueología, la tipologización cumplía por sí sola casi todos los objetivos de la investigación. El tipo era, al tiempo, indicador cronológico e indicador de desarrollo tecnológico y social. La clasificación de los objetos tenía como fin comprobar el orden seriado de su complejidad técnica, lo cual permitía dar cuenta de su temporalidad y, a la vez, obtener la clave para inferir el medio social en que fueron producidos y utilizados.⁵

La creación y nominación de agrupaciones de elementos discretos que comparten rasgos comunes constituye una estrategia usual en cualquier disciplina científica. Si la ciencia, por definición, aspira a obtener

conocimientos generales, la agrupación en tipos, especies, clases, órdenes, etc. constituye el primer paso para elevarse por encima de la singularidad de los fenómenos individuales. Aunque sea fácil advertir que al establecer tipos se relevan ciertas dimensiones o atributos de las manifestaciones empíricas en detrimento de su diversidad, ello no debe tomarse necesariamente como un obstáculo para su conocimiento. Al contrario, consideramos que la operación "relevancia-agrupación" constituye más bien la (pre-)condición para cualquier proyecto cognoscitivo. ¿En qué se fundamenta esta convicción?

Es sabido que una misma relación social (por ejemplo, el estado o la familia nuclear) puede expresarse materialmente de manera polimorfa. A su vez, la similitud entre determinados elementos materiales no garantiza que hayan sido producidos en el seno de relaciones sociales similares. Lo mismo ocurre si la relación pretendida es simplemente cronológica o espacial. Ambas consideraciones se antojan ahora de sentido común. Sin embargo, lo decisivo estriba en que la posibilidad misma de plantear la existencia de cualquier relación depende siempre de la observación de una semejanza, analogía, identidad o recurrencia en las manifestaciones empíricas.

Podemos clasificar en dos grupos las teorías filosóficas que se sirven de este argumento. En primer lugar, las teorías de la socialización, aprendizaje o aculturación (teorías de la continuidad) capaces de dar sentido a *una o varias* agrupaciones de elementos empíricos por referencia a un factor determinante (por ejemplo, el empleo recurrente de los artefactos tenedor y cuchillo en la mesa en Europa occidental, como signo de aculturación consensuada socialmente). En segundo lugar, las teorías del poder, de la explotación o de la competición (teorías de la discontinuidad), que requieren *como mínimo dos* de tales agrupaciones empíricas para significar la realidad a que pertenecen (por ejemplo, explotadores y explotados según la dialéctica de la lucha de clases marxista). Si, por contra, rechazamos la posibilidad de agrupación, es decir, nos decidimos por aceptar la singularidad única de cada fenómeno (heterogeneidad radical), nos encontraremos huérfanos de teorías explicativas. La diferencia, la heterogeneidad y la multiplicidad sólo pueden ser explicadas una vez haya sido posible la identificación de uno o más factores comunes. De no hallar ninguno, cada singularidad será descartada de la eventual explicación o entrará en ella como una entidad del mismo nivel que la unidad definida por factores comunes.

De todo ello se extrae que la diferencia *es pensada* en cuanto a la semejanza (la exige), mientras que la semejanza no exige necesariamente la diferencia. Con otras palabras, la diferencia cobra sentido cuando previamente se ha definido la semejanza. Por tal motivo, la investigación suele partir de las regularidades y recurrencias, independientemente de la teoría social que inspire las explicaciones o interpretaciones finales. En arqueología, el problema estriba en averiguar cómo dichas unidades configuradas a partir de semejanzas o singularidades fenomenológicas se corresponden con unas supuestas relaciones humanas. Por ello, el objetivo principal de la teoría arqueológica

5. El fundamento evolucionista que subyace en el método arqueológico de la seriación tipológica puede ser dicho más alto, pero no más claro que como lo hizo M. Almagro Basch (1985: 110-111) "(dicho método) ... parte de la fijación de la sucesiva evolución de las formas. Según este principio, todo útil o elemento decorativo se desarrolla por grados y, a base de fijar su evolución ascendente o descendente, se pueden reconstruir las etapas cronológicas o culturales por él representadas".

ha residido y reside todavía en formular una ordenación de las manifestaciones materiales que resulte compatible con una teoría social general explicativa de las mismas.

Así pues, cabe señalar el acierto o la conveniencia que supuso la estructuración del registro arqueológico en tipos. Sin embargo, la empresa de proporcionar una dimensión temporal a tales tipos resultaría mucho más problemática. Gran parte de los objetos arqueológicos conocidos provenía de excavaciones sin control estratigráfico. La afición hacia el objeto arqueológico por sus cualidades estéticas, dominante hasta entonces y que todavía habría de gozar de gran peso, no requiere de una metodología rigurosa que documente las circunstancias concretas del hallazgo. A lo sumo, bastaba con reseñar algún evento anecdótico que sirviese para amenizar la presentación de los objetos. No es de extrañar que en aquellos tiempos se “vaciaran” literalmente los yacimientos a la búsqueda de los preciados objetos, despreciándose muchos de ellos y, por supuesto, los detalles sedimentológicos o estructurales que se asociaban a los mismos.

La preocupación por generar un conocimiento social a partir de los objetos condujo progresivamente a la adopción de métodos de excavación adecuados para la recogida de información relevante. La cronología constituyó el objetivo más importante: ¿qué antigüedad tiene este objeto?; ¿es este objeto más antiguo que este otro?; o el debate tan candente en el siglo XIX ¿cuál es la antigüedad del ser humano? En este aspecto, uno de los avances más importantes fue la adopción del método estratigráfico de la geología, bien consolidado tras los trabajos de Ch. Lyell. Este método abría la posibilidad de ofrecer cronologías relativas a los conjuntos de objetos presentes en un yacimiento.⁵ Los objetos contenidos en los estratos más profundos deberían ser más antiguos que los hallados en estratos superiores. Así mismo, los objetos depositados en el mismo estrato deberían ser contemporáneos. No obstante, la aplicación arqueológica del método estratigráfico distaba mucho de ser general,⁶ básicamente debido a la falta de preparación en este ámbito por parte de quienes realizaban las excavaciones.

En la segunda mitad del siglo XIX, las secuencias estratigráficas eran todavía poco numerosas y, por separado, difícilmente documentaban toda la secuencia evolutiva propuesta para el género humano. En el mejor de los casos, se disponía de contextos cerrados, como tumbas o depósitos, que garantizaban al menos la contemporaneidad puntual de los objetos contenidos en ellos. En tales circunstancias, no es de extrañar que los primeros intentos por poner orden cronológico al *qué* arqueológico recurrieran a la seriación tipológica o, en general, a las grandes edades marco. En uno y otro caso, las propuestas de ordenación descansaban sobre una premisa, a saber, el desarrollo de lo simple a lo complejo o, excepcionalmente, de lo complejo a lo simple. Esta premisa gozaba de su

aval en ciencias naturales (biología) tras el éxito de las obras de Darwin. Por tal motivo, y bajo el postulado de la unidad de la ciencia, se asumió su aplicabilidad a las nascentes ciencias sociales. De ahí que no sea de extrañar que cuando dicha premisa fue puesta en duda por medios estrictamente arqueológicos, la arqueología de raíz evolucionista fuera también cuestionada en bloque.

Las anomalías de la posición evolucionista fueron cada vez mayores a medida que los testimonios arqueológicos iban siendo más abundantes y de mayor calidad. Uno de los detonantes principales para el cambio de perspectiva en ciernes fue la documentación rigurosa de amplias secuencias estratificadas. Ambas cosas fueron posibles en las cuevas y abrigos del sudoeste francés, que mostraban prolongadas ocupaciones paleolíticas. En ellas se comprobó que la sucesión evolucionista basada en la complejidad artefactual no seguía los esquemas previstos de creciente complejidad, sino que se observaban avances y retrocesos.⁷ La constatación de la gran antigüedad del arte paleolítico descubierto en Altamira también influyó en el cambio de mentalidad, ya que testimonia un excepcional esplendor artístico que no tuvo la continuidad esperada desde el punto de vista evolucionista. Todo ello comenzaba a poner de manifiesto que los diferentes conjuntos de artefactos materiales podían no responder a los efectos de la ley del progreso universal, ni corresponderse necesariamente con formas sociales determinadas. En lugar de ello, podrían entenderse mejor en el seno de realidades histórico-geográficas diversas y cambiantes. Comenzaba a tomar cuerpo la cultura arqueológica.

Aunque el uso de la cultura arqueológica recibió el espaldarazo definitivo a raíz de la publicación de la obra de Childe *The Dawn of European Civilization* (1925), su empleo se registró ya durante las décadas precedentes en países como Francia, Inglaterra y, sobre todo, Alemania. En el plano material, la cultura se definía como un conjunto de tipos artefactuales sincrónicos que aparece reiteradamente en un espacio geográfico concreto. A la luz de esta definición, lo primero que merece destacarse es que la labor tipológica sobrevivió al descrédito de la perspectiva evolucionista, manteniéndose como una herramienta de primer orden de cara a la organización de la base empírica. Sin embargo, a diferencia de la perspectiva evolucionista, los tipos integrantes de las culturas no pretendían definir estadios o periodos sucesivos de va-

7. H. Breuil apuntó la posibilidad de que el esquema evolucionista unilineal de G. de Mortillet respondiese más bien a tradiciones culturales distintas y no sucesivas. Concretamente, Breuil reintrodujo el auriñaciense situándolo antes del solutrense, con lo que la industria del hueso dejó de seguir el esperado desarrollo progresivo: la visión propuesta aparece en el auriñaciense, desaparece en el solutrense y vuelve a ser adoptada en el magdaleniense, mientras que desde la visión evolucionista aparecía en el magdaleniense, negándose la posibilidad de cualquier ritmo oscilante de adopción-abandono. De manera similar, en 1933 D. Peyrony definió el perigordense en sincronía con el auriñaciense en el sudoeste de Francia. Esta mutación conceptual resultó de una importancia decisiva, de forma que se ha llegado a hablar incluso de “cambio de paradigma” en estos primeros momentos de la investigación prehistórica (RICHARD 1992).

6. De hecho, el método estratigráfico, pese a ser conocido desde el siglo XIX, no se convierte en habitual hasta después de la Segunda Guerra Mundial, coincidiendo con la publicación de varias obras fundamentales (LEROI-GOURHAN 1950, WHEELER 1954, COURBIN 1963).

lidez universal, sino la configuración material de modos de vida particulares. Por otro lado, en el plano histórico, una cultura o un "grupo cultural" representaría arqueológicamente, en palabras de Childe "(...) creaciones de un único pueblo, adaptaciones a su entorno aprobadas por la experiencia colectiva; expresan, así, la individualidad de un grupo humano unido por tradiciones sociales comunes" (CHILDE 1936a: 3). Tradiciones que, según otros autores, como el denotado Kossinna, serían equiparables a las nociones de etnia, pueblo e incluso raza.

Desde esta perspectiva, la recurrencia concreta de tipos materiales específicos reflejaría un consenso particular en cuanto a los valores y normas de la comunidad que los utilizó. A diferencia del evolucionismo, la configuración material no admite ninguna clase de causalidad susceptible de ser sometida a leyes predictivas: la cultura *es*. En este sentido, la investigación tradicional se ganó el calificativo de "historicista", por cuanto considera la historia como sucesión de episodios únicos que modelan la idiosincrasia de cada pueblo.

La definición de las entidades culturales a partir del *continuum* espacio-temporal en que se manifiestan los restos arqueológicos se erigió en el objetivo prioritario de la disciplina. Sin embargo, no todos los tipos tienen el mismo valor en la definición espacial y temporal de una cultura. El lugar más alto de la jerarquía de significación es ocupado por los "fósiles-directores" o "tipos-guía", que supuestamente recogen en sus atributos la esencia básica de la unidad cultural. En algunas ocasiones, basta la constatación de uno solo de tales tipos para la identificación del todo, como ocurre, por ejemplo, con la "cultura del vaso campaniforme" o con "el fenómeno megalítico". No obstante, por lo general suele exigirse la presencia de varios objetos tipificados como indicadores de la cultura. En cualquier caso, se trata de definiciones monotéticas, en virtud de las cuales sólo unos tipos muy concretos tienen la capacidad de adscribir los hallazgos a una u otra entidad de agrupación. En principio, su elección resulta en cierto modo anárquica, en el sentido de que no hay ningún ámbito de manifestaciones arqueológicas que se encuentre predestinado a ocupar este lugar (GONZÁLEZ MARCÉN 1991: 80-81). Cualquier elemento puede ser el escogido en cada caso: ciertos vasos cerámicos o artefactos metálicos, la estructura constructiva de tumbas o edificios, etc.; es decir, no se formuló una axiomática explícita o consensuada, aunque se realizaron algunos intentos que no recibieron un grado de formalización suficiente. En este sentido, cabe citar la sugerencia efectuada por Childe sobre que la cerámica doméstica, los adornos o los ritos funerarios constituían los elementos de mayor apego social y, en consecuencia, más adecuados para describir la especificidad de cada forma cultural, mientras que otros artefactos de uso utilitario o las armas eran más proclives a la aceptación generalizada por grupos distintos, lo cual contribuiría a difuminar las diferencias entre tales grupos.

Bajo estos parámetros o, bien mirado, bajo la ausencia de parámetros estrictos, la ordenación de los nuevos conjuntos de hallazgos producto de las cada vez más numerosas excavaciones, dependía y depende

todavía de la presencia o ausencia en la muestra arqueológica de uno u otro de los "fósiles-directores" reconocidos. En este punto, el estrato, como "unidad mínima" del registro, proporciona la clave para definir asociaciones de objetos sincrónicos. Ello abre la posibilidad de dotar de significado a grupos de objetos y no sólo a ejemplares aislados. Bajo la asunción de contemporaneidad entre los restos contenidos en un estrato, uno solo o bien la agrupación de varios tipos configuran una unidad de análisis, el contexto, que constituye la "materia prima" para la definición de culturas. El contexto es una unidad relacional de orden superior a la del objeto aislado. La presencia de los "tipos-guía" en un contexto estratigráfico proporciona automáticamente identidad cultural al resto de artefactos asociados, mientras que su seriación estilística, a ser posible apoyada también con observaciones estratigráficas, articula la diacronía de dicha cultura.

La dimensión diacrónica de la cultura se articula en torno al concepto de fase. La fase permite establecer precisiones cronológicas en el seno del conjunto de tipos contextualizados que integran una misma unidad cultural. Las fases se establecen tras la constatación de transformaciones en los tipos-guía, determinadas por criterios de seriación y/o mediante observaciones estratigráficas. Obviamente, es el reconocimiento de la continuidad de los mismos tipos-guía lo que permite definir momentos en el interior de la cultura (fases), ya que, de producirse la sustitución de los mismos, el cambio en el registro aconsejaría proponer nuevas culturas cronológicamente más recientes. Al hilo del tema de la diacronía cultural, vale la pena reseñar que muchas culturas se desarrollan en tres fases o momentos. Tal vez, esta recurrencia se debe a la vigencia de un modelo vitalista-organicista profundamente interiorizado en el pensamiento histórico-cultural. De ahí precisamente los términos frecuentemente utilizados que acompañan a estas tres fases: nacimiento o formación, plenitud o madurez y decadencia o final.

La determinación del tiempo de los tipos y, por tanto, de las culturas, continuó siendo un problema omnipresente. El creciente número de registros estratigráficos posibilitó avances en el establecimiento de cronologías relativas, mientras que en los territorios ocupados por las grandes civilizaciones con escritura la existencia de listas dinásticas proporcionaba además la posibilidad de un anclaje calendárico en términos absolutos. No obstante, en la mayor parte de las regiones europeas y en todo el mundo a partir de cierta antigüedad, el establecimiento de cronologías constituía una labor ardua y siempre arriesgada.

El procedimiento más generalizado para proporcionar tiempo al registro arqueológico ha consistido en efectuar cronologías cruzadas. Éstas se elaboraban mediante el establecimiento de paralelos estilístico-formales entre tipos artefactuales de diferentes regiones, combinados con precisiones estratigráficas de cronología relativa y la ayuda de la seriación tipológica. En el origen de la cadena de cruzamientos, debía contarse con un referente calendárico absoluto. En ausencia de los actuales métodos de datación isotópica, los únicos referentes temporales de esta clase eran las listas dinásticas de las civilizaciones y los imperios antiguos. Así, desde los registros de Egipto, Próximo

Oriente y el Mediterráneo centro-oriental fueron trazándose complejas redes de paralelismos que sirvieron de base para la datación de la prehistoria reciente y la protohistoria de casi toda Europa (GONZÁLEZ MARCÉN, LULL y RISCH 1992: 63-85). A finales del siglo XIX, O. Montelius fue uno de los primeros arqueólogos que expresó la dependencia de la civilización europea respecto a Oriente, plasmando sus investigaciones en una propuesta de periodización de gran envergadura válida para amplias regiones del subcontinente. Considerando el tema desde esta óptica, no es de extrañar la importancia del difusionismo en arqueología. Ello porque, además de proporcionar la clave para la explicación histórica de las culturas (como analizaremos más adelante), la prueba de contactos o migraciones posibilitaba el hecho básico de dar temporalidad a lo arqueológico.

Durante la mayor parte de la historia de la arqueología, está claro que el tipo ha proporcionado el tiempo. Salvo raras excepciones, el establecimiento de los paralelismos y de grados de semejanza que determinan la definición intrínseca de las entidades y de sus respectivas temporalidades, ha dependido de la evaluación más o menos subjetiva de la proximidad formal entre tipos-guía. Aun cuando dicha apreciación impresionista tendiese a ser precisada mediante el empleo de técnicas estadísticas, resulta innegable la dependencia respecto a la tipología como indicadora de identidad cultural e histórica.

En este proceder subyacen principios de buen sentido. El tipo, como síntesis abstracta de factores comunes empíricos, informa sobre una exigencia social que transformó ciertas propiedades de la materia prima mediante una determinada implementación tecnológica y que dispuso agentes productivos, recursos, tiempos y espacios para el aprendizaje y la producción reiterada. Es el aprendizaje lo que permite garantizar la similitud entre objetos, más que los raros fenómenos de convergencia o de coincidencia aleatoria. En este sentido, los tipos presuponen condiciones de comunicabilidad entre los agentes sociales y, en consecuencia, proximidad temporal. Este razonamiento trató de ser apoyado mediante el método arqueológico más fiable para establecer cronologías relativas, la estratigrafía de los yacimientos excavados. A la vista de todo ello, hemos de conceder que en ausencia de los modernos métodos de datación isotópica, las estrategias de periodización seguidas desde lo que se ha dado en llamar "arqueología tradicional" constituyeron la mejor de las soluciones posibles.

Sin embargo, con la invención reciente de los métodos de datación absoluta fundados en la desintegración de diversos isótopos radiactivos, dichas estrategias han quedado obsoletas. De entre los citados métodos, el Carbono 14 calibrado dendrocronológicamente constituye por el momento la alternativa más fiable y precisa para asignar cronologías absolutas a las manifestaciones arqueológicas de las etapas más recientes de la prehistoria (CASTRO y MICÓ 1995; CASTRO, LULL y MICÓ 1996). Los métodos isotópicos de datación permiten situar los objetos materiales en referencia a una escala temporal absoluta y, lo que es más importante incluso, independiente de los propios objetos y tipos, de sus relaciones o paralelismos, a

menudo subjetivos y siempre controvertidos. En la actualidad, resulta difícilmente justificable la reticencia hacia el uso de los métodos independientes de datación, más aún dada su probada mayor resolución y fiabilidad respecto a otros sistemas.

De hecho, la llamada "revolución del radiocarbono" de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta ha constituido uno de los acontecimientos que en mayor grado han afectado a la credibilidad de la arqueología histórico-cultural (RENFREW 1973). El C14 permitió mostrar lo inexacto de algunas asunciones básicas en el armazón cronológico de la prehistoria reciente europea, basado hasta entonces en redes de cronologías cruzadas que partían de referentes del Mediterráneo oriental y Próximo Oriente. De este modo, la cronología de manifestaciones como el fenómeno megalítico o la edad del bronce europea quedó desajustada respecto a sus hasta entonces supuestos focos de origen y, con ello, también cayó en descrédito la explicación histórico-difusionista que sustentaba dicha cronología. El auge (al menos aparente) de la denominada "arqueología procesual" o *New Archaeology* fundamentalmente en los países anglosajones ha sido considerado en buena medida como producto de la crisis interna que el impacto de los nuevos esquemas cronológicos supuso en el proceder histórico-cultural.

A modo de breve síntesis de este apartado dedicado a cuestiones ontológicas, cabe señalar que la arqueología evolucionista de las Edades acertó en sus iniciativas tipológicas, pero erró en la atribución de temporalidad a las manifestaciones objeto de estudio. Una vez que la cronología relativa estratigráfica cuestionó el criterio de desarrollo tecnológico unilineal expresado en sucesión de tipos como armazón de la (pre)historia humana, las inferencias sociales basadas en dicho criterio también perdieron crédito. Por su parte, la arqueología histórico-cultural asumió la tipologización de las manifestaciones arqueológicas, aceptó su diversidad agrupándola en entidades culturales concretas y no intentó encuadrarla en estadios temporales dentro de esquemas unilineales, sino que la situó en el tiempo con la ayuda de métodos arqueológicos experimentados con anterioridad (consideraciones estratigráficas, seriaciones artefactuales, paralelismos estilísticos). En la segunda mitad del siglo XX, los métodos independientes de datación absoluta han puesto en tela de juicio el entramado de cronologías cruzadas que sustentaba las lecturas históricas de las culturas de la prehistoria reciente europea. Pese a ello, cabe señalar que la *Old Archaeology* no ha muerto, sino que sobrevive en muchos lugares a pesar de las críticas. Nos detenemos aquí, porque esta cuestión entra dentro de una temática que será abordada en otra publicación.

2. La interpretación histórica de las culturas. Cuestiones de epistemología

En el apartado anterior hemos repasado dos sistemas de ordenación de lo arqueológico: evolucionista e histórico-cultural. Constituyeron soluciones matizadamente diferentes, pero compartían la misma

inquietud que conformó la arqueología como sistema de conocimiento, a saber, la reconstrucción, explicación o comprensión de las formas de vida de los seres humanos en el pasado: "El arqueólogo no desentierra cosas, sino gentes" afirmaba M. Wheeler (1961: 7). A este objetivo final se accede mediante la práctica de una serie de premisas y métodos destinados a "hacer hablar" a los objetos materiales, que, pese a haber sido previamente ordenados crono-espacialmente, permanecen todavía "mudos". Así pues, entramos en el dominio de lo propiamente cognoscitivo o epistemológico.

2.1. Los umbrales cognoscitivos de la inferencia arqueológica

El manejo de manifestaciones materiales constituye el rasgo distintivo de la arqueología frente a otras disciplinas sociales, como la historia, la sociología o la antropología. Esta opción ha proporcionado un criterio de diferenciación nato entre disciplinas, pero, a la vez, ha supuesto un límite consciente o inconsciente respecto al alcance del conocimiento arqueológico. Los/as arqueólogos/as han sido los/as primeros/as en admitir que, en ausencia de testimonios escritos, los restos materiales sólo proporcionan certidumbres sobre ciertos aspectos de la vida en el pasado, fundamentalmente aquellos más relacionados con la subsistencia y la tecnología. En cambio, otros ámbitos más "inmateriales", como la organización social y política, la ideología, el ritual o la religión, parecían condenados a la ignorancia más absoluta o, en el mejor de los casos a la propuesta de hipótesis especulativas o atisbos más o menos sustentados por el sentido común (HAWKES 1954).

A estos límites epistemológicos se añaden los que impone el hecho de la conservación diferencial de la evidencia arqueológica. Así, a las magras posibilidades inferenciales ya comentadas habría que restar las ocasionadas por la pérdida generalizada de aquellos objetos fabricados en materias orgánicas (madera, cuero, textiles) que tan sólo en contadas excepciones se conservan con el paso de los años. En suma, el registro arqueológico sería tan sólo una muestra, fragmentaria y muda, de los hechos acaecidos en el pasado.

Con estas restricciones *in mente*, no es de extrañar que el escepticismo como postura epistemológica haya contado con numerosas adhesiones entre los/as arqueólogos/as. Valgan a título de ejemplo los siguientes fragmentos extraídos de sendas publicaciones de Steve y Daniel como ilustración de este planteamiento:

"Una diferencia fundamental continuará, sin embargo, contraponiendo la historia que carece de textos, que depende del método arqueológico, a la historia capacitada para hacer un uso paralelo de ambas series de documentos, escritos y no escritos. Nunca penetrará la prehistoria en el pasado humano sino a través de unos restos materiales que tan sólo revelan efectos sin sus correspondientes causas, o gestos desligados de sus motivaciones íntimas" (STEVE 1982: 3).

"Algún día podremos decir qué pasó en la historia, pero en verdad nunca podremos saber con exactitud lo que ocurrió en la prehistoria, porque no hay, y nunca

podrá haber, una historia del pensamiento prehistórico. La historia de las ideas empieza con la escritura" (DANIEL 1987: 305).

Sin embargo, el escepticismo arqueológico sufre una paradoja. Si no podemos llegar a conocer la vida de tiempos pasados, ¿qué sentido tiene la arqueología?; ¿qué sentido tiene tomarse el trabajo de ordenar los objetos en tipos y entidades de agrupación si el resultado final será tan escuálido?

Abrazar la postura escéptica en todas sus consecuencias conduce únicamente a elaborar un discurso ceñido a la descripción de las dimensiones físicas que muestran los objetos arqueológicos en la actualidad. Las formulaciones más radicales se autolimitan al análisis del "hallazgo", cuya antigüedad conforma por sí sola el objeto de estudio (CLEUZIQU et al. 1973: 35). Esta tendencia implica que el campo del conocimiento arqueológico es *infinito*, ya que siempre se producirán, desecharán y hallarán nuevos objetos, e *indefinido*, pues se ignora (o, si se prefiere, se renuncia de entrada a tratar de averiguar) lo que representa cada hallazgo. A este respecto, resulta ilustrativa la posición estrictamente empirista que declara contentarse con el "establecimiento de los hechos", como única meta posible y deseable para la arqueología (COURBIN 1982). Desde esta perspectiva, la arqueología queda reducida a una taxonomía de la configuración físico-espacial de la materia, dependiente en gran medida de la pericia obtenida por la experiencia profesional. Identificar una fosa, distinguir la anterioridad de un muro con respecto a otro, reconocer la morfología completa de un recipiente cerámico a partir de un único fragmento, establecer paralelos estilísticos: este es el rango de actividades que comprendería la arqueología, como disciplina reducida a una especie de rutina pragmática. Cualquier tipo de interpretación, inferencia o explicación acerca de las prácticas sociales que produjeron los "hechos" se sitúa fuera del ámbito de la investigación. Esta sería tarea propia de otros especialistas: sociólogos, etnólogos, historiadores, cuyas fuentes de información permitirían ir más allá de la facticidad de los acontecimientos.

Desde este punto de vista escéptico-empirista, la realidad (la concatenación de hechos) se enriquecería y ampliaría paralelamente al progreso de las técnicas de análisis de materiales y a la información acumulada tras los nuevos descubrimientos. Únicamente de este modo se incrementaría el conocimiento de dicha "realidad", cuya riqueza y secretos todavía no han sido explorados completamente. En otras palabras, la verdad siempre puede llegar a ser "más verdadera" a medida que dispongamos de analíticas cada vez más potentes y que nuestra familiaridad con los materiales arqueológicos recogidos en la excavación aumente progresivamente. En definitiva, tales planteamientos permanecen en los límites de lo que C. A. Moberg (1987) denominó "arqueografía", en alusión a las tareas de recogida, inventario y clasificación de los restos del pasado. Una propuesta coherentemente escéptica quedaría fuera de los límites de la arqueología como empresa de conocimiento histórico-social, entendiéndose mejor como una disciplina de orden similar al de una biblioteconomía o archivística al servicio de las ciencias físicas, más que auxiliada por éstas.

Sin embargo, resulta claro que desde la arqueología se han ideado mecanismos para tratar de superar las trabas del pesimismo escéptico y acceder al deseado conocimiento (pre)histórico. Desde la perspectiva evolucionista decimonónica, los testimonios recuperados desde la arqueología ilustraban, o “confirmaban” según los más optimistas, una secuencia de desarrollo unilineal elaborada de antemano por la antropología. Dicha secuencia ordenaba las sociedades a partir de un criterio de mayor complejidad tecnológica, desde los estadios iniciales del salvajismo hasta la civilización. A cada uno de estos estadios tecnológicos se asociaban características pertenecientes a otros órdenes, como el de la organización política y social o el de las creencias.

Este tipo de secuencias unilineales, extensamente difundidas por antropólogos como Morgan o Tylor, asumían en primer lugar que la tecnología y, en especial, el modo de subsistencia, constituía el factor básico del devenir social. Ello no es de extrañar si tenemos en cuenta la gran influencia de la biología evolucionista, según la cual una especie supera la selección natural sólo si consigue reproducirse con éxito en un medio ambiente determinado; es decir, si es capaz de obtener de la naturaleza los recursos materiales/energéticos necesarios para el mantenimiento de un número de efectivos que garantice la reproducción del conjunto. En el caso de los seres humanos, la tecnología resulta clave en la obtención del sustento y ha configurado una solución adaptativa exitosa distinta a las seguidas por el resto de las especies.

Partiendo de esta premisa materialista, las tipologías de evolución social fueron elaboradas mediante un proceder estructurado en dos partes. Por un lado, la definición de cada estadio se realizaba a partir de la síntesis de características empíricas. Así, tomando como referencia todos los grupos humanos que obtenían sus recursos subsistenciales de una determinada manera (recolección, caza, pastoreo-agricultura), se procedía a abstraer otros conjuntos de rasgos compartidos en las esferas sociales, políticas e ideológicas. Se conseguía así una serie de estadios dotados de contenido, pero que, en sí mismos, no contenían ningún criterio que permitiese situarlos secuencialmente en una escala temporal y de desarrollo obligado. Los criterios que posibilitaron dicha ordenación fueron estrictamente filosóficos: el principio biológico de la evolución de lo simple a lo complejo y el corolario de su traslación a lo social: la inevitabilidad del progreso humano. Debe quedar claro que la ordenación del pasado humano propuesta desde el evolucionismo antropológico dependía de una decisión teórica exterior al universo empírico analizado. Los datos disponibles procedían en su práctica totalidad de sociedades en funcionamiento en el siglo XIX. En ningún lugar del planeta se había documentado en vivo una secuencia unilineal completa (desde el salvajismo a la civilización), que pudiese haber servido como referente fáctico a la hora de ajustar en ella los testimonios correspondientes a las sociedades contemporáneas a la observación etnográfica. De haber sucedido así, el procedimiento habría sido de carácter empírico y no filosófico.

La antropología buscaba en la arqueología la confirmación de su hipótesis de sucesión y, por su parte, la arqueología se servía de la caracterización sustantiva de los estadios evolutivos para llenar de significado social los conjuntos de artefactos taxonomizados en tipos. El principio que otorgaba legalidad a esta relación era de raíz cientifista: a similares condiciones tecnológicas corresponden similares formas de expresión social, política e ideológica. De esta forma, el hallazgo de puntas de flecha presuponía que la gente que las utilizó se encontraba en el salvajismo de Morgan, los utensilios agrícolas simples hablaban de una sociedad bárbara, mientras que a las sociedades con escritura se les podía presuponer las características propias de la civilización. En definitiva, la antropología daba “vida” a las seriaciones mudas de tipos artefactuales. La arqueología dependía de un conocimiento sobre lo humano elaborado desde otro saber a partir de evidencias de orden distinto (las sociedades vivas del presente etnográfico). Dicho conocimiento se sobreponía a lo arqueológico y le permitía salir de su estatismo.

Ya hemos señalado que los materiales arqueológicos progresivamente puestos a la luz por la arqueología de finales del siglo XIX no se ajustaron a las expectativas diacrónicas requeridas por las secuencias unilineales evolucionistas. El saber arqueológico asistió a un cambio de dirección hacia posturas historicistas que arrinconaban los componentes cientifistas del evolucionismo y se mostraban más partidarias de atender a la idiosincrasia mental y fáctica de los grupos humanos. El objetivo de la arqueología histórico-cultural que tomó el relevo consistió en exponer de forma narrativa la concatenación de acontecimientos responsables de la singularidad de la comunidad humana asentada en una región durante un periodo determinado.

Con la perspectiva histórico-cultural, la arqueología entró de lleno en la órbita de las llamadas ciencias humanas. Desde esta condición, compartía el interés por la comprensión de todo lo humano, pero absteniéndose de cualquier pretensión de generar modelos comparativos que pudiesen revelar regularidades interculturales. Dado que lo humano se distingue por la capacidad de simbolización y de realizar acciones conforme a una voluntad y a una intención, su estudio no requeriría acudir al principio de demostración propio de las ciencias naturales, sino más bien al entendimiento del universo ideacional en el cual se fraguaron los actos concretos. Trasladando estos presupuestos al campo de la arqueología, resulta que los restos materiales informarían acerca de dónde y durante cuánto tiempo tuvo vigencia cierta forma de pensar, sentir y actuar. Acceder a la reconstrucción de estas tradiciones supone la realización de un ejercicio hermenéutico; es decir, la propuesta de interpretaciones encaminadas a recuperar o reconstruir un sentido originario perdido u olvidado, a través del estudio de los restos materiales de ese pasado concreto. El principio subyacente que justifica la empresa hermenéutica tradicional consiste en la asunción de un fondo común vivencial compartido por todos los seres humanos y que, en consecuencia, conecta el presente de la investigación con el pasado

investigado. S. Piggott (1965: 20) expresó esta idea de forma muy vívida al señalar que somos herederos de un pasado que se remonta más allá de las primeras grandes civilizaciones y que nuestro pensamiento actual se halla condicionado tanto por el pensamiento especulativo griego o las aspiraciones religiosas de los antiguos semitas como por los miedos y prejuicios del cazador de mamuts.

En arqueología, el proceso de investigación enfrenta a un sujeto cognoscente y a una serie de manifestaciones materiales. En esta confrontación, el sujeto procuraba interpretar los rasgos más llamativos o las recurrencias más relevantes, a la luz de un bagaje teórico-subjetivo, por lo general escasamente explicitado, en el que predominaban las concepciones idealistas o mentalistas para dar cuenta de lo humano y su devenir (COLLINGWOOD 1986). Así pues, dado que toda acción humana estaría determinada por un pensamiento previo, se proponía un ejercicio de empatía que posibilitase revivir desde el presente dicho pensamiento conformador de los eventos prácticos en el pasado.

La hermenéutica culturalista, sin embargo, se veía limitada por las restricciones propias de lo arqueológico a que hemos hecho referencia anteriormente: la falta de documentos escritos y el carácter parcial de la evidencia conservada. Así las cosas, las reconstrucciones del pasado no se apartaban demasiado del ámbito estrictamente tecnológico, subsistencial o, a lo sumo, paleoambiental. En este campo, el programa culturalista alcanzó ciertos avances reseñables y protagonizó múltiples iniciativas de investigación, de entre las cuales tal vez la más conocida sea el enfoque paleoeconómico de G. Clark.⁸ La obra de V. G. Childe merecería un comentario aparte, ya que promovió innovaciones tanto en el campo metodológico como en el interpretativo, básicamente al dar sentido

8. Fue precisamente la "arqueología tradicional", tan a menudo denostada en los últimos tiempos, la que favoreció una serie de innovaciones posteriormente profundizadas o incluso injustamente "usurpadas" por otras escuelas de investigación más recientes. En este sentido, podrían citarse una serie de contribuciones o enfoques que se hallan en la base de líneas de investigación específicas que actualmente se practican bajo otros nombres, en la ilusión de que una nueva denominación constituye una novedad. Así, por ejemplo, en relación a la "arqueología espacial", podrían citarse los trabajos de R. Gradmann, quien a finales del siglo XIX señalaba la correlación entre la distribución de los asentamientos neolíticos y las tierras de *loess* de Europa central. Además, explicó esta correlación suponiendo que los primeros granjeros habían sido incapaces de talar los bosques, por lo que habían preferido asentarse en terrenos abiertos. En esta misma línea, otros autores como Crawford, Fleure, Whitehouse (véase DANIEL 1977: 129-130) Myres o Fox también defendieron el valor del enfoque geográfico-espacial en la interpretación de los datos arqueológicos. En relación a la utilización de procedimientos matemáticos para la ordenación y análisis de las evidencias, los métodos desarrollados por Bordes o Laplace constituyen precedentes muy importantes que no conviene olvidar. Lo mismo cabe señalar acerca del campo de la reconstrucción paleoecológica, objetivo reiterado en los principales manuales arqueológicos de este siglo. Probablemente, hay que pensar en factores de diverso orden, desde las limitaciones presupuestarias hasta una formación universitaria decididamente histórico-hermenéutica, a la hora de explicar el porqué de la lentitud en el avance de las perspectivas de investigación mencionadas.

histórico a los datos arqueológicos a la luz de una teoría, el materialismo histórico, explícitamente formulada. Su aplicación a la evidencia material de Europa y Próximo Oriente dio lugar a algunas de las síntesis históricas globalizadoras más lúcidas de lo que llevamos de siglo (CHILDE 1925, 1928, 1929, 1936b, 1958).

Sin embargo, por lo general el fuerte componente empirista y escéptico de la comunidad de investigadores/as imponía prudencia a la hora de proponer interpretaciones sobre las esferas más alejadas de la base tecnológica, como la organización social o el mundo del simbolismo y de las creencias. Los intentos en este sentido podían ser tildados de elucubraciones y merecer el descrédito general. Ante tales reparos, las interpretaciones rara vez llegaban más allá de calificar a las culturas con adjetivos alusivos a su "personalidad" o idiosincrasia. Así, podía afirmarse su carácter "expansivo", "belicoso" o "pacífico"; "laborioso", "emprendedor" o "conformista"; "dinámico", "genial", "retardatario" o "tradicionalista". A lo sumo también, las reconstrucciones de las esencias culturales se han limitado a reiterar una serie de lugares comunes proporcionados por analogías etnohistóricas. Así, puede hablarse de "tumbas principescas", "sociedad de pastores guerreros", "grupos de pacíficos agricultores", "práctica del culto a la diosa-madre", "sociedad aristocrática".

Las propuestas de interpretación mencionadas hacen referencia a la caracterización atribuida a entidades culturales aisladas. Sin embargo, el relato (pre)histórico requiere nociones que impriman dinamismo de cara a dar cuenta del acontecer histórico y de los episodios de cambio cultural. A este respecto, el difusionismo proporcionó los conceptos necesarios para este cometido. Bajo la idea de que las culturas mantienen apego a la tradición que las conforma, el concepto de innovación no fue considerado en sí como el motor generalizado del cambio histórico. Era innegable que las innovaciones se habían producido (por ejemplo, la agricultura, la domesticación animal, la metalurgia, la escritura), pero su origen se vinculaba a un reducido número de áreas nucleares, a partir de las cuales se irradiaron a otros lugares. A la luz de este esquema, se tendió a hacer uso del concepto de difusión para explicar cualquier cambio en los tipos artefactuales que integraban el registro material de una región. Los mecanismos mediante los cuales se hacía efectiva la difusión podían variar según las circunstancias. Lo más común era proponer la existencia de fenómenos migratorios, invasiones, relaciones comerciales o, en las versiones más actuales, fenómenos de aculturación o de transmisión de conocimientos sin que fuese necesario el movimiento de poblaciones.

El éxito del difusionismo puede explicarse en virtud de diferentes factores. Entre los de índole científica, conviene recordar que la identificación de la variación espacial de los tipos-guía constituía una de las prácticas más habituales de la investigación arqueológica, ya que mediante este procedimiento se trazaba la red de paralelismos estilístico-formales que permitía proponer cronologías cruzadas. Además, el difusionismo proporcionaba una explicación relativa-

mente sencilla para los fenómenos de variación de los tipos artefactuales característicos de un área. Bastaba con reseguir los precedentes de los nuevos objetos para dar con la zona nuclear y recrear de este modo los itinerarios seguidos y sugerir las razones que motivaron tales desplazamientos. Por otro lado, entre los factores extracientíficos, el más importante de ellos es que permitía trazar una genealogía que enlazaba las formas sociales de los estados capitalistas avanzados con una serie de precedentes prehistóricos y protohistóricos en los que se creían identificar las virtudes del carácter nacional del presente. Así, bien sea remontándose al esplendor de las primeras civilizaciones orientales o a las formas sociales, religiosas y militares de los bárbaros arios, los estados-nación de los siglos XIX y XX hallaban hilos de continuidad entre el presente y el pasado que podían ser utilizados políticamente para el dominio ideológico de sus poblaciones o para la legitimación de estrategias de expansión hacia el exterior.

Pese a la preponderancia del modelo difusionista, también se contemplaron posibilidades de interpretación del cambio cultural a partir de condicionantes internos. En uno u otro caso, los signos del cambio vienen dados por la significación atribuida a alguno de los elementos materiales más relevantes, que anuncia la caracterización admitida para el periodo siguiente. Así, por ejemplo, se señalan "crisis", "fases formativas", "momentos de madurez" y/o de "apogeo" que preludian una situación futura en el mismo orden de definición. Las "causas" de la transición se conceptualizan a partir de modelos de corte idealista o vitalista: se diagnostica el "dinamismo" cultural cuando se observan elementos materiales más elaborados tecnológica o estilísticamente, ya sea adoptados del exterior o generados de manera local; por contra, se certifican síntomas de "decadencia" cuando ciertos componentes materiales "degeneran" en su factura. Desde esta óptica, el cambio en las culturas humanas se asimila al esquema que describe la evolución de los organismos: nacimiento/formación, auge/madurez y muerte/desaparición.

La descripción de esta actitud inferencial no se reduce a la mera realización de analogías teñidas de connotaciones organicistas. Subyace además toda una serie de connotaciones más o menos explícitas que, consciente o inconscientemente, reproducen presupuestos evolucionistas o bien de otras teorías, casi siempre de génesis liberal, como la economía formalista o marginalista y la sociología funcionalista. Así, suele valorarse positivamente la adopción en un momento dado de nuevas tecnologías productivas, como la metalurgia o ciertas estrategias de la producción subsistencial (agricultura). En la misma línea, se acogen favorablemente los beneficios del comercio en el plano material (ganancia económica que propicia "prosperidad") y en el espiritual (intercambio de ideas y ampliación de horizontes mentales). También se reconocen en tono admirativo los "esfuerzos colectivos" que permitieron la realización de un "objetivo común", como la construcción de una sepultura monumental, de un lugar de culto o de un sistema de fortificación.

Al hilo de la cuestión anterior, merece la pena recordar que ciertas claves interpretativas propias de

la arqueología evolucionista fueron heredadas por los enfoques histórico-culturales. Dichas claves subyacen en el discurso o se introducen "subrepticamente" en el marco de una investigación que, en principio, se pretende ajena a ellas. La más importante de tales continuidades hace referencia a la persistencia de la idea de progreso. Así, si por un lado se afirma la particularidad e irreductibilidad de cada cultura y aunque se argumente el protagonismo del filtro cultural en la adopción por difusión de ciertas de sus manifestaciones materiales, puede apreciarse cómo ciertas novedades, casi siempre tecnológicas, (como la agricultura, los oficios artesanales especializados o la escritura) parecen ser de obligada adquisición. Es en dichas innovaciones donde se sitúa el eje del progreso. De esta forma, al igual que el progreso "puro" evolucionista había sido acusado de jerarquizar etnocéntrica y apriorísticamente las sociedades, la visión culturalista deja, en su pretendido relativismo, que las culturas se jerarquicen "solas". De ahí que la ausencia o escasa representatividad de alguna de las innovaciones consideradas capitales para el género humano, dé lugar a la caracterización de "altas" y "bajas" culturas, de áreas "marginales" y "dinámicas" o de comunidades "atrasadas" o "emprendedoras". Ello explica que se exprese admiración hacia los "logros" de las civilizaciones orientales y mediterráneas (*ex Oriente lux*), y cierto menosprecio a las sociedades cuya expresión material no fue tan "espectacular".

En resumidas cuentas, la arqueología histórico-cultural potenció una "heráldica" de los grupos humanos, en tanto se ocupó de la determinación de un origen o esencia cultural y del establecimiento de su devenir diacrónico, que, en muchos casos, se hizo llegar hasta las poblaciones actuales con una clara intencionalidad política. Las causas de dicho devenir pudieron ser de naturaleza interna o, más frecuentemente, externa. La difusión, en forma de movimientos de gentes, objetos o ideas, daba cuenta de las variaciones en el registro material, proponiendo las claves de su interpretación histórica. Sin embargo, desde la arqueología histórico-cultural se negó la posibilidad de establecer leyes causales del desarrollo cultural aplicables universalmente. Cada cultura es única y ha sido modelada a través de vicisitudes históricas diversas. La única vía para acceder al universo simbólico y a las normas que la caracterizaron reside en realizar interpretaciones, cuya viabilidad se justifica en función de una supuesta continuidad vivencial que conecta todo lo humano.

A la luz de esta caracterización, se advierten dos paradojas en la epistemología histórico-cultural. La primera se establece entre el fuerte componente empirista, manifiesto en extensas descripciones artefactuales y vinculado frecuentemente con un cierto pesimismo escéptico, y, por otro lado, la definición de la arqueología como disciplina que tiene como objetivo acceder a formas de vida desaparecidas mediante un ejercicio hermenéutico sobre los restos materiales. El empirismo supone un planteamiento objetivista, según el cual la reconstrucción del pasado se producirá inductivamente en el momento en que poseamos datos suficientes correspondientes a todos los órdenes y dimensiones posibles. En cambio, el planteamiento

hermenéutico clásico, que recurre a la empatía y a la imaginación histórica propuestas por Collingwood, supone el predominio del sujeto-intérprete sobre el objeto de conocimiento, dado que el criterio de verdad reside en la subjetividad de cada investigador/a (“cada época reescribe la historia”). En torno a esta primera paradoja, cabría pensar en varias opciones. Si nos decantásemos por seguir hasta el final con la alternativa empírico-escéptica, ya hemos señalado más arriba que la arqueología quedaría relegada a una mera “arqueografía”. Si, por contra, asumiésemos consecuentemente la postura hermenéutica, deberíamos renunciar a encuadrar nuestra actividad en el dominio de la ciencia, ya que la determinación de la validez de las interpretaciones subjetivas huye del criterio de contrastación material mediante procedimientos explícitos y rigurosos. Lo arqueológico caracterizaría entonces un nuevo género literario, en lugar de una disciplina científica. En conclusión, si estas dos alternativas por separado se adentran por caminos difícilmente justificables, conjuntamente dan lugar a una falla conceptual y metodológica dentro de la propuesta histórico-cultural que todavía no ha sido resuelta.

La segunda de las paradojas anunciadas se deriva de la oposición entre, por un lado, el particularismo histórico-cultural, según el cual cada cultura es única e irreductible y, por otro, el intento de reconstrucción interpretativa sustentada en la asunción de una continuidad de pensamiento-vivencia que vincula todo lo humano presente y pasado. Si en verdad se enuncia la existencia de dicha continuidad como factor que posibilita el entendimiento presente, ¿por qué entonces se renuncia a la posibilidad de formular con precisión sus regularidades y derivar una metodología para conocer las causas que sustentan dicha continuidad? En el fondo, renunciar a esta posibilidad de conocimiento supone admitir nuestra ignorancia y, lo que sería más grave, una falta de interés por eliminarla.

Es el momento de valorar resumidamente las bases epistemológicas de los enfoques evolucionistas e histórico-culturales tratados en este apartado. Desde el evolucionismo, la presencia de unos tipos artefactuales servía de guía para acudir a determinadas significaciones de procedencia antropológica. Así, a ciertos objetos materiales del pasado deberían corresponder ciertos usos y normas compartidos por sociedades constatadas etnográficamente que utilizaban similares objetos. Desde la arqueología histórico-cultural, las entidades de agrupación material eran objeto de reconstrucción histórica mediante la formulación de interpretaciones procedentes de orígenes más diversos: de imágenes sacadas de la historiografía política, de velados determinismos geográficos, de supuestos comportamientos económicos de “sentido común” o de esquemas filosóficos próximos a la psicología social; en suma, de la puesta en juego de la subjetividad del investigador/a.

Así pues, ambas estrategias de conocimiento arqueológico documentan un proceder muy parecido al nivel de los mecanismos básicos de actuación. Por un lado, un registro material ordenado en entidades de agrupación con sentido tecnológico-formal (tipos, industrias, culturas). Por otro, la sobreposición a dicho

registro de un relato con significado histórico-social elaborado desde otro lugar del saber humano, a partir de una base empírica distinta y de experiencias también diferentes. Toda propuesta de otorgar significación al pasado se basa en la analogía, es decir, en la proximidad empírica percibida entre ciertos objetos del pasado y ciertas representaciones del presente elaboradas desde la actualidad y para la actualidad. La analogía antropológica surtió de imágenes al evolucionismo de las Tres Edades; la analogía histórica, étnica o vivencial hizo lo propio con las culturas arqueológicas. Las analogías pueden ser concretas (como aquellas que han tratado de equiparar, por ejemplo, los grupos del magdalenense con los esquimales modernos) o abstractas (como aquellas que quedan satisfechas al hacer intercambiables las sociedades neolíticas iniciales con la imagen actual de las sociedades que viven en la “barbarie”), pero en cualquier caso no dejan de ser analogías, más o menos detalladas o argumentadas. Por más que determinados intereses de la investigación arqueológica puedan en un momento dado sacar a la luz nuevas facetas de la materialidad pasada inexploradas hasta entonces (las especies domesticadas, los indicadores climáticos, etc.), el procedimiento epistemológico no ha variado: el material arqueológico se somete a una investigación empírica que permite agruparlo formalmente y, a continuación, se intenta una adecuación de raíz hermenéutica con determinadas imágenes de contenido social, histórico o cultural.

De la argumentación anterior se derivan varias conclusiones. La primera es que desde la arqueología se han planteado sugerentes y, en ocasiones, ricas y brillantes interpretaciones sobre el pasado. Algunas de ellas han gozado de mayor acogida y han abierto nuevos campos a la investigación empírica, enriqueciendo globalmente el bagaje de la disciplina; otras, en cambio, han sido menos fecundas y han acabado en callejones sin salida que, de vez en cuando, algunos estados de la cuestión eruditos se encargan de recordar. La segunda de las conclusiones nos devuelve a la cruda realidad: la arqueología sigue huérfana de una teoría propia que, en primer lugar, conceptualice los factores materiales que determinan el desarrollo social y, en segundo, que proponga los nexos de correspondencia entre dicho esquema teórico globalizador y las manifestaciones concretas que pretende explicar. Sólo de este modo podrá salvarse la *ilusión* de conocimiento que caracteriza a la arqueología: ni reconstruimos, ni conocemos el pasado; a lo sumo, *reconocemos* uno o varios de nuestros presentes en el pasado. Que no se tome nuestro diagnóstico como una argumentación en favor de la inevitabilidad del escepticismo. La teoría a que aludimos es deseable y, por fortuna, posible (CASTRO et al. 1996a, b).

2.2. La naturaleza del conocimiento arqueológico: experiencia, subjetividad e individualismo

Antes de dar por concluido el apartado dedicado a las premisas epistemológicas de las arqueologías “tradicionales”, hemos considerado oportuno dedicar

unas líneas más para pasar revista a otras cuestiones relativas a la labor cognoscitiva de la arqueología. Si hasta ahora nos hemos centrado en analizar en cómo se intenta producir el conocimiento arqueológico al nivel de los mecanismos conceptuales básicos, no estará de más volver la vista hacia cómo se manifiesta dicha producción a un nivel más pragmático.

Si nos guiásemos por la cantidad de personas que intervienen en una u otra medida en una investigación arqueológica, habríamos de concluir en muchos casos que se trata de "una empresa de masas". Contabilizando el personal participante en los trabajos de excavación (obreros, estudiantes, arqueólogos/as profesionales) y, por otro lado, la cohorte de especialistas en los múltiples análisis aplicables sobre los materiales arqueológicos, así como todas aquellas personas dedicadas a tareas como el dibujo, la fotografía y la exposición y publicación de los resultados, formaríamos un pequeño ejército. Esta imagen contrasta vivamente con la que proporcionan otras disciplinas sociales. Así, uno tiende a imaginarse a un/a antropólogo/a con un bloc de notas y un magnetófono, y asistido/a a lo sumo por unos/as pocos/as informantes y ayudantes. Algo parecido ocurre con el/la paciente historiador/a, sumergido/a en el aislamiento de un archivo o de una biblioteca.

No obstante, por encima de las apariencias la arqueología sigue, en general y al igual que la antropología o la historia, un modelo personalista de conocimiento. La figura del arqueólogo/a, habitualmente en masculino singular, suele destacar por encima de sus descubrimientos y de quienes colaboraron con él. En la práctica, el arqueólogo-director imprime su "experiencia", su "intuición" y/o su "oficio" en el uso de los conceptos y métodos involucrados en la investigación y, en consecuencia, recibe para sí la autoría correspondiente.

La intervención individual se identifica en los diferentes niveles en que se divide la labor arqueológica, y dicha intervención no es del todo ajena al rango de las premisas y métodos puestos en práctica. Durante la excavación, resulta importante que el/la responsable posea la habilidad para distinguir estratos y conducir los trabajos de manera acertada. Dado que los cambios de estrato o unidad de registro dependen en buena medida de cambios en los atributos físicos del sedimento (color, textura, composición geológica), la capacidad de percepción sensorial de quien excava juega un papel fundamental. La proliferación de subdivisiones dentro del estrato, como la capa, el nivel y el subnivel, constituyen de hecho categorías para acomodar variaciones perceptivas menores, incluso intuitivas, pero supuestamente decisivas a la hora de presentar con coherencia la sucesión de hechos arqueológicos constatada en un yacimiento.

El/la arqueólogo/a también imprime elementos de subjetividad en las restantes etapas de la investigación, fundamentalmente en la ordenación tipológica y cronológica de los hallazgos y en la propuesta de interpretaciones sobre fases históricas locales o regionales. En cualquiera de estas tareas se hace valer la experiencia o competencia del profesional responsable, derivadas de un conocimiento "íntimo" de la evidencia (BINFORD 1989). La definición tipológica, la

adscripción de los hallazgos a tipos ya establecidos, la datación de las fases de un yacimiento por referencia a un sistema de paralelismos formales cruzados y, en última instancia, la caracterización histórica de los restos excavados, suponen la toma frecuente de decisiones que, en cierta medida, remiten a criterios no explícitamente formulados por la comunidad de arqueólogos/as. La validez y, por consiguiente, aceptación de los resultados de las citadas tareas remite al "dominio" o "familiaridad" que el/la profesional posee sobre sus "datos", después de haber dedicado largas horas a su observación, inventario, clasificación y, eventualmente, a su comentario con otros/as especialistas. Muchas veces, este proceder se aproxima a lo que podríamos denominar un modelo "ascético" de verdad, que culmina en una formación más o menos profunda de erudición empírica. El camino sigue la senda del trabajo paciente, humilde y metódico del inventario y de la taxonomía: *le nez sur l'objet*, como expresivamente ha señalado P. Courbin (1982: 175). La comunión entre el investigador y "sus" evidencias garantiza la adquisición de la pericia propia del oficio y testimonia este tipo de verdad, donde también es crucial la sanción aprobadora por parte de la comunidad de arqueólogos/as formada en similares circunstancias. De forma que es el/la profesional, esta combinación personal de facultades intelectuales, racionales, perceptivas e intuitivas, quien determina en buena medida el resultado.

Por último, cabe señalar que la evaluación de tales resultados, en forma de interpretaciones, también descansa en criterios sobre la calidad de lo que Binford (1989: 58) ha llamado "aportación subjetiva individual". Como señala este arqueólogo norteamericano, en el contexto de una investigación fuertemente empirista donde se supone que los hechos nos hablan sin necesidad de una teoría, sino por intermedio de una mente abierta y libre de prejuicios, resulta claro que sólo la evaluación de dicha mente pueda permitir valorar la calidad de sus productos, es decir, de las sistematizaciones empíricas y de las interpretaciones. De ahí la proliferación de argumentos *ad hominem* en la práctica arqueológica tradicional: argumentos que discuten sobre la validez de ciertos enunciados a partir de la consideración de la aptitud de quien los produce.

3. El papel social de la arqueología. Proyecto ilustrado, romanticismo y tradición humanista

Al inicio de este trabajo examinamos las condiciones intelectuales y sociales que propiciaron la aparición de la arqueología como disciplina orientada al conocimiento del pasado a través de los restos materiales producto de la actividad humana. La utilidad de este proyecto se expresa en el enunciado según el cual el conocimiento veraz del pasado ayuda a comprender el presente y a actuar en él, un propósito invocado también desde los estudios historiográficos. Asimismo, el proyecto epistemológico humanista con el que se alinea la arqueología persigue responder al interrogante trascendental de "¿qué es el hombre, cómo se comporta en sociedad, de dónde viene y hacia dónde

se encamina?" (ALCINA 1989: 8), y que se traduce en la obligación de "presentar las manifestaciones del pasado con toda la objetividad posible de manera que, al tomar decisiones sobre su futuro, la sociedad pueda recurrir a las lecciones que ese pasado le brinda" (CHANG 1976: 165).

Esta formulación supone que la sociedad necesita ayudas externas a las vivencias de su contexto contemporáneo para comprender su presente y conducirse en él. En este planteamiento subyace la pretensión ilus-trada de la emancipación por el conocimiento y la educación dirigida. Hasta el momento, el/la arqueólogo/a ha encontrado su lugar de legitimidad social en el mundo occidental ya sea contribuyendo a la realización de las ideas de progreso social ilustradas o bien como redescubridor/a y transmisor/a de ciertos valores que el pasado de una población revela y que pueden constituir elementos importantes para dicha población. Recordemos cómo M. Almagro Basch remarcaba la importancia de la arqueología en la "sustentación espiritual de los hombres de nuestra cultura" (1985: 43), o cómo Wheeler reivindicaba la aventura arqueológica "como una medicina necesaria para el carácter de los jóvenes" (1961: 249). En este sentido, la arqueología, como parte de los estudios humanísticos, ha participado de la idea de "formación" de los individuos, tema recurrente en la filosofía occidental y que, entre otros, ha sido tratado extensamente por H. G. Gadamer en la primera parte de *Verdad y método* (1991). Por "formación" se entiende, siguiendo a Hegel, la ascensión desde la individualidad a la generalidad tras asimilar una sustancia expresada en el idioma, costumbres e instituciones de un pueblo. Al recoger aquellos valores y representarlos en el presente, la arqueología contribuiría a la educación ("formación") de los individuos; es decir, a la continuidad del sentido común en tanto "sentido que funda la comunidad", una cualidad que debe mostrar todo ciudadano y que no requiere ni se funda en la demostración de las ciencias naturales, sino en la aplicación de los preceptos tradicionales. Así, la arqueología participa en la tarea de formar personas que sepan decidir lo justo de lo injusto y, en consecuencia, que puedan obrar en provecho de la comunidad. Con ello, contribuye al fortalecimiento de la solidaridad e integración social. De esta manera, puede afirmarse que la historia (la prehistoria en este caso) es una "necesidad básica" para la existencia de la sociedad: "Las sociedades humanas existen, en última instancia, porque sus miembros son conscientes de pertenecer a ellas, y el factor más importante es la conciencia de compartir un pasado común" (CLARK 1980: 232).

La prehistoria, además, presenta una ventaja respecto a la historia nacional: su universalidad. Frente a las historias que sirven para afianzar identidades locales,⁹ la prehistoria proporciona una visión común a todo el mundo, al ocuparse de los orígenes ocultos en que se basaron todas las civilizaciones. Dados estos

planteamientos, la prehistoria sería la disciplina emblemática del humanismo y el saber clave en un futuro "orden mundial" (CLARK 1980: 239; véase también CLARK 1970: 51). Aceptando este cometido, la arqueología se incorpora, a un tiempo, al proyecto ilustrado, en el cual ciencia, filosofía y sociedad obtienen beneficios mutuos que redundan en el bien común y, a la vez, en el proyecto nacionalista del romanticismo, según el cual el respeto a las tradiciones históricas de cada pueblo es condición indispensable para la continuidad de la vida social. La arqueología desempeñaría una labor de puente entre lo particular (los modos de vida y culturas concretas) y lo universal (las aportaciones tecnológicas y subjetivo-vivenciales muchas veces anónimas de las que somos herederos). Esta combinación entre aceptación de la diferencia y de lo compartido constituiría un argumento de cara a alcanzar mayores cotas de tolerancia y concordia en nuestra sociedad.

Así pues, la arqueología se presenta como potencial lugar de encuentro de lo que es socialmente justo, en oposición al partidismo interesado. La arqueología dejaría de ser una tarea legítima, provechosa y/o científica cuando es instrumentalizada por poderes políticos contrarios al buen sentido de la costumbre o a los más elementales valores humanistas, como habría sucedido en los regímenes totalitarios de la Europa contemporánea (CLARK 1980: 235-236, Rodanés 1988: 87-88). En definitiva, bajo el signo de formar individuos responsables, tanto respecto a las normas del sentido común de cada sociedad como a los valores universales del humanismo, la arqueología ha encontrado su lugar y su legitimidad en las sociedades occidentales desde el siglo XIX.

Además de la labor de formación de los individuos, la arqueología de las sociedades capitalistas occidentales ha hallado su justificación en otras esferas menos trascendentes. Uno de los arqueólogos más influyentes del siglo XX, G. Clark (1980), ha manifestado que la arqueología brinda un "entretenimiento" del agrado de todos los estamentos sociales, un "esparcimiento inofensivo" que ayuda a los hombres a distanciarse de su propio tiempo y lugar. G. Daniel (1977: 146-150) ha señalado alguno de los motivos a la hora de explicar la atracción subjetiva del público hacia la empresa arqueológica: fascinación por conocer los orígenes de las cosas; proximidad cotidiana y accesibilidad de las fuentes informativas (museos, exposiciones y monumentos al aire libre); naturaleza detectivesca de la investigación debida a las peculiaridades del método y la técnica empleados (fotografía aérea, C14, restauración, etc.) y, por último, la posibilidad de que una persona normal pueda convertirse por azar en un descubridor de un hallazgo de interés (por ejemplo, al ir de vacaciones o cavando en el jardín).

De los argumentos de Clark y Daniel, que sin duda expresan opiniones ampliamente compartidas, así como de la exposición previa, hemos extraído una serie de puntos clave que merece la pena retener:

1. La arqueología, como entretenimiento no exclusivo de clases ni estamentos, encuentra su lugar en una civilización del ocio. La disciplina parece tener su lugar en la sociedad occidental del espectáculo. Debe aunar, no obstante, el goce con la instrucción

9. Un buen número de autores/as reconoce los peligros de este afianzamiento de la identidad, si llega a desembocar en nacionalismos o chauvinismos instrumentalizados políticamente (véase CHANG 1976: 163-164).

en los preceptos del sentido común. Aparentemente, lo contrario del compromiso serio, reflexivo y políticamente transformador, que fundamentalmente la tradición marxista ha venido defendiendo desde finales del siglo XIX.

2. El mensaje de la arqueología debe fomentar la cohesión social mediante la explicitación y reafirmación de un fondo de sentimientos y tradiciones comunes, ya sean vernáculos o universales. En este acceso a la herencia del pasado, el individuo como ser social y "animal histórico" vería cumplidas una de sus aspiraciones o necesidades más relevantes.

3. La arqueología, y más concretamente la prehistoria, se alinea además en el objetivo humanista del bien común, en tanto búsqueda de la concordia y tolerancia universales. Es importante subrayar que el proyecto humanista se revela especialmente necesario y de urgente potenciación en una época en que la ciencia, la técnica y el consumismo están conduciendo a una "deshumanización" de la sociedad, circunstancia que se valora en términos negativos (CLARK 1985: 20 y ss.).

Las contradicciones de los tres fundamentos resultan evidentes en lo que se refiere a la potenciación del supuesto fondo de tradiciones comunes. Bien es sabido que la especificidad "cultural", aparte de constituir un arma de reafirmación social, puede generar conflictos entre diversas tradiciones. Llegado a este punto, la tolerancia proclamada en la línea de la consideración relativista de las culturas puede quedar reducida a una mera *desiderata* que la violencia física se encargará de eliminar si no se acepta la existencia de otras tradiciones. Por desgracia, precisamente el uso de la violencia a gran escala ha caracterizado la historia de las sociedades capitalistas en los últimos doscientos años, por lo cual uno llega a sospechar del éxito de la pretendida voluntad integradora de la arqueología. A diferencia de los planteamientos conciliadores y a la vista de la cruda realidad, parece más coherente señalar que la conquista económica, política e ideológica se ha erigido en sistema necesario para imponer un único sentido común a las diversas sociedades. En este contexto, el carácter "inofensivo" de la arqueología será en cualquier caso un síntoma de la domesticación ideológica de la disciplina por parte de los poderes económicos y políticos, hallando más bien su lugar en los ámbitos de obediencia que tales poderes establezcan para la ciencia.

Bajo este prisma, no hay razón para hacerse muchas ilusiones acerca de la contribución de los estudios arqueológicos en aras del bienestar común. El somero repaso de varias problemáticas clave bastaría para convencernos de lo contrario. En primer lugar, conviene no olvidar que la época de nacimiento de la arqueología, sobre todo a lo largo del siglo XIX, estuvo marcada por el saqueo sistemático de los, por aquel entonces, países en vías de empobrecimiento, a cargo de los estados capitalistas dominantes, sobre todo Gran Bretaña y Francia. Egipto, Próximo Oriente y la India fueron los objetivos principales de unas políticas imperialistas que despojaban a las poblaciones de sus recursos materiales. Dominio económico y dominio ideológico suelen ir de la mano y, en

principio, la arqueología obró decididamente en favor de este último. El "orgullo" de los museos nacionales europeos provenía, simple y llanamente, del robo con intimidación.

En la actualidad, la situación parece estar sometida a un cierto control, ya que los países antiguamente expoliados han ido desarrollando medidas legales para la conservación de su patrimonio histórico. La intervención extranjera institucional sigue los cauces de las misiones o escuelas arqueológicas. A diferencia de ésta, la intervención no institucional se mueve por los derroteros más oscuros del mercado negro de antigüedades dirigido desde los centros mundiales de poder económico, y de esta forma continúa esquilmando a las poblaciones sometidas. Sobre estas prácticas clandestinas, la arqueología académica ha tomado una posición de rechazo firme, abogando por la conservación del patrimonio arqueológico y su difusión pública y en contra de los circuitos de tráfico privado.

El segundo aspecto que comentaremos hace referencia a los contenidos ideológicos implicados en las reconstrucciones socio-históricas a cargo de las arqueologías tradicionales. Sobre esta cuestión, nuestro juicio dista de ser favorable. Unas líneas más arriba comentábamos que la tolerancia expresada por parte de muchos arqueólogos podía convertirse en todo lo contrario si se llevan a sus últimas consecuencias algunos de los enunciados de sus programas de investigación. En lo que concierne al evolucionismo decimonónico, se ha señalado su compromiso consciente o inconsciente con la propagación de visiones racistas y etnocéntricas. Éstas se derivan del hecho de considerar la civilización capitalista occidental como la culminación tecnológica, económica, social e incluso racial y biológica de todo el género humano (TRIGGER 1992). Evidentemente, aquellas sociedades que no encajan en las fronteras de esta civilización fueron calificadas inmediatamente como primitivas, atrasadas e inferiores, lo que fortaleció la legitimación ideológica de la agresión imperialista occidental.

Las arqueologías histórico-culturales no van a la zaga en materia de despropósitos ideológicos. El ensalzamiento de los valores culturales de un pasado que, de entrada, se privatiza en favor de una determinada población, también dio origen a posicionamientos racistas si se equiparaba cultura arqueológica con raza y/o lengua (Kossinna). En cualquier caso, la reafirmación de los supuestos valores nacionales favorece el surgimiento de concepciones chauvinistas. Tales concepciones no han desentonado con el clima de confrontación entre naciones-estado capitalistas que se ha traducido en las dos guerras mundiales que llevamos en este siglo y en la multitud de conflictos abiertos o latentes que toman la forma de confrontaciones étnico-nacionales.

Por otro lado, en las interpretaciones arqueológicas se ha tendido también a la ocultación del papel social de colectivos enteros. Sobre este punto, la arqueología de las sociedades prehistóricas y de los primeros estados ha sido más bien una arqueología de las clases dirigentes, de forma que, en muchas ocasiones, ha consistido en admirar las obras de arte disfrutadas por una pequeña minoría, a la que se ha atribuido el motor de la historia. De este modo, la

investigación se ha desinteresado de las condiciones de vida de las clases explotadas, sin cuyo trabajo ninguna "obra de arte" hubiese sido posible. No obstante, si el desinterés en este campo ha sido notable, la situación respecto al lugar social, económico y político de las mujeres raya con la ceguera. Todavía hoy, la arqueología "es cosa de hombres", aunque se atisben prometedores movimientos de cambio. Como uno de los síntomas de dicho cambio, vale decir que hasta hace pocos años eran contadísimas las mujeres dedicadas a la práctica y a la docencia de la arqueología. De esta forma, el colectivo masculino ha colonizado a sus anchas la esfera de la interpretación histórica, produciendo visiones del pasado en las cuales las mujeres están ausentes o bien se les asigna un papel secundario y marginal. Como consecuencia, se ha presupuesto que la (pre)historia sólo tenía protagonistas masculinos, desde *el* metalúrgico hasta *el* jefe o *el* monarca. Últimamente, el aumento de las trabajadoras de la arqueología augura tiempos mejores, aunque todavía resta mucho por hacer en el terreno de la concienciación pública y de la transformación de los métodos y claves inferenciales del registro arqueológico (COLOMER et al. 1994, SANAHUJA YLL 1996).

A lo largo de este texto, hemos tratado de mostrar que la llamada "arqueología tradicional" no constituye un bloque homogéneo, pero que tampoco resulta correcto agrupar sus propuestas en sucesivas escuelas radicalmente diferentes. En el ámbito de lo ontológico,

las llamadas arqueologías de las Tres Edades y las histórico-culturales compartieron criterios en cuanto a la ordenación tipológica del material y a su datación. Difieron, no obstante, en el nivel de agrupación que concedía significación a los artefactos y grupos de artefactos. Para las perspectivas evolucionistas, la presencia de ciertos tipos poseía de por sí la suficiente relevancia tecnológico-social, mientras que los enfoques culturalistas optaron por elaborar entidades de agrupación con sentido normativo. En el capítulo epistemológico, cabe señalar que por encima de las variaciones en la forma y las fuentes de procedencia de las interpretaciones propuestas sobre el pasado, ambas perspectivas se fundaban en la realización de analogías actualistas, imbuidas de un fuerte componente hermenéutico. Por último, hemos comprobado que el papel social de la arqueología no debe ser valorado tan sólo a partir de las intenciones humanistas manifestadas reiteradamente por los/as profesionales de la disciplina. En este sentido, es preciso asumir conscientemente las consecuencias sociales y políticas negativas de muchos comportamientos y prácticas arqueológicas, como primer paso para la construcción de mejores alternativas de futuro.

Vicente Lull

Rafael Micó

Universitat Autònoma de Barcelona
08193 Bellaterra

Bibliografía

ALCINA 1989

J. Alcina, *Arqueología antropológica*. Akal, Madrid.

ALMAGRO BASCH 1985

M. Almagro Basch, *Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo*. Labor, Barcelona.

BAHN 1996.

P. Bahn, *Cambridge Illustrated History of Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.

BIANCHI BANDINELLI 1982

R. Bianchi Bandinelli, *Introducción a la arqueología clásica como historia del arte antiguo*. Akal, Madrid (orig. 1976).

BINFORD 1989

L. Binford, *Debating Archaeology*. Academic Press, San Diego.

CARANDINI 1984

A. Carandini, *Arqueología y cultura material*. Mitre, Barcelona (orig. *Archeologia e Cultura Materiale*, 1974).

CASTRO et al. 1996a

P. V. Castro, R. W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.^a E. Sanahuja Yll, "Teoría de las prácticas sociales", *Complutum*, extra 6, vol. II. Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda, pp. 35-48.

CASTRO et al. 1996b

P. V., Castro, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch, y M. E. Sanahuja Yll, "Teoría de la producción de la vida social", *I Congreso Iberoamericano de Arqueología Social*. Universidad Internacional de

Andalucía. Santa María de La Rábida 17-21 de junio de 1996 (en prensa).

CASTRO y MICÓ 1995

P. V. Castro y R. Micó, "El C14 y la resolución de problemas arqueológicos. La conveniencia de una reflexión", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 5, pp. 252-260.

CASTRO, LULL y MICÓ 1996

P. V. Castro, V. Lull y R. Micó, *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. B.A.R. International Series, 652, Oxford.

CHANG 1976

K. C. Chang, *Nuevas perspectivas en arqueología*. Alianza, Madrid.

CHILDE 1925

V. G. Childe, *The Dawn of European Civilization*. Kegan Paul, Londres (trad. cast. *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988¹⁹).

CHILDE 1928

V. G. Childe, *The Most Ancient Near East. The Oriental Prelude to European Prehistory*. Kegan Paul, Londres.

CHILDE 1929

V. G. Childe, *The Danube in Prehistory*. Oxford University Press, Oxford.

CHILDE 1936a

V. G. Childe, "Changing Methods and Aims in Prehistory", *Proceedings of the Prehistoric Society for 1936*, pp. 1-15.

- CHILDE 1936b
V. G. Childe, *Man Makes Himself*. Watts, Londres.
- CHILDE 1942
V. G. Childe, *What happened in History*. Penguin, Hardmondsworth (trad. cast. *Qué sucedió en la historia*. Planeta-Agostini, 1985).
- CHILDE 1958
V. G. Childe, *The Prehistory of European Society*. Penguin, Hardmondsworth (trad. cast. *La prehistoria de la sociedad europea*. Icaria, Barcelona, 1979).
- CLARK 1980
G. CLARK, *Arqueología y sociedad*. Akal, Madrid (1.ª ed. 1939).
- CLARK 1985
G. CLARK, *La identidad del hombre*. Paidós, Barcelona (orig. 1982).
- CLEUZIQU, DEMOULE, SCHNAPP 1973
S. Cleuziou, J. P. Demoule y A. Schnapp, "Renouveau des méthodes et théorie de l'archéologie", *Annales ESC*, 28: 35-51.
- COLLINWOOD 1986
R. G. Collinwood, *Idea de la Historia*. Fondo de Cultura Económica, México (original 1946).
- COLOMER et al. 1994
E. Colomer, S. Gili, P. González Marcen, S. Monton, M. Picazo, C. Rihuete, M. Ruiz Parra, M.ª E. Sanahuja Yll y M. Tenas, "Género y arqueología", *Arquítica*, 6, pp. 5-7.
- COURBIN 1963
P. Courbin (ed.), *Études archéologiques*. SEVPEN, París.
- COURBIN 1982
P. Courbin, *Qu'est-ce que l'archéologie?* Payot, París.
- DANIEL 1977
G. Daniel, *El concepto de Prehistoria*. Labor, Barcelona (orig. *The Idea of Prehistory*, C. A. Watts & Co., Londres, 1960).
- DANIEL 1984
G. Daniel, *Historia de la arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*. Alianza, Madrid (orig. *The Origins and Growth of Archaeology*. Penguin, Hardmondsworth, 1967).
- DANIEL 1987
G. Daniel, *Un siglo y medio de arqueología*. Fondo de Cultura Económica, México (orig. *A Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Duckworth, Londres, 1975).
- GADAMER 1991
H. G. Gadamer, *Verdad y método*. Sígueme, Salamanca (orig. 1975⁴).
- GANDARA 1982
M. Gandara, «La vieja "nueva arqueología"», *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*. Reimpresión del *Boletín de Antropología Americana*, pp. 59-159.
- GONZÁLEZ MARCEN 1991
P. González Marcen, *Cronología del grupo argárico. Ensayo de fasificación radiométrica a partir de la curva de calibración de alta precisión*. Tesis doctoral presentada en el Departament d'Història de les Societats Pre-capitalistes i d'Antropologia Social, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra (edición microfotográfica de 1993).
- GONZÁLEZ MARCEN, LULL y RISCH 1992
P. González Marcen, V. Lull y R. Risch, *Arqueología de Europa 2250-1200 A.C. Una introducción a la "edad del bronce"*. Síntesis, Madrid.
- GRÄSLUND 1987
B. Gräslund, *The Birth of Prehistoric Chronology. Dating Methods and Dating Systems in Nineteenth-Century Scandinavian Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HAWKES 1954
C. Hawkes 1954, "Archaeological Theory and Method", *American Anthropologist*, 56, pp. 155-168.
- LEROI-GOURHAN 1950
A. Leroi-Gourhan, *Les fouilles préhistoriques (techniques et méthodes)*. París.
- MEEK 1981
R. L. Meek, *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*. Siglo XXI, Madrid (orig. 1976).
- MOBERG 1987
C. A. Moberg, *Introducción a la arqueología*. Cátedra, Madrid.
- PIGGOTT 1965
S. Piggott, *Ancient Europe. From the beginnings of Agriculture to Classical Antiquity*. Edinburgh University Press, Edimburgo.
- RENFREW 1973
C. Renfrew, *Before Civilisation*. Jonathan Cape, Londres (trad. cast. *El alba de la civilización*. Istmo, Madrid).
- RICHARD 1992
N. Richard, *L'invention de la préhistoire. Une anthologie*. Presses Pocket, París.
- RODANÉS 1988
J. M.ª Rodanés, *La prehistoria. Apuntes sobre concepto y método*. Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
- SANAHUJA YLL 1996
M.ª E. Sanahuja Yll (1996), "Marxismo y feminismo", *I Congreso Iberoamericano de Arqueología Social*. Universidad Internacional de Andalucía. Santa María de La Rábida 17-21 de junio de 1996 (en prensa).
- SCHNAPP 1980
A. Schnapp (ED.), *L'Archéologie aujourd'hui*. Hachette, París.

SCHNAPP 1993

A. SCHNAPP, *La conquête du passé*. Carré, París.

Thought, Cambridge University Press, Cambridge, 1989).

STEVE 1982

M. J. Steve, "Técnicas e historia de la arqueología", en Alimen, M. H. y Steve, M. J. (eds.), *Historia Universal Siglo XXI. Prehistoria*. Siglo XXI, Madrid, pp. 2-21.

WHEELER 1956

M. Wheeler, *Archaeology from the Earth*. Londres (trad. cast. *Arqueología de campo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961).

TRIGGER 1992

B. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona (orig. *A History of Archaeological*